

Hot, Hot Christmas

Una historia navideña de

Kattie Black
Sophie West



Hot, Hot Christmas!

Sophie West & Kattie Black

©DirtyBooks 2018

Portada: Sophie West

Hot, hot Christmas está registrada bajo una licencia [Creative Commons](#). No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de las autoras o los editores.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

Esta idea surgió como un reto entre Sophie y yo. Somos personas con mucho carácter que no pensaban que podrían escribir un relato a cuatro manos sin llegar a estrangularse, y la experiencia nos ha demostrado no solo que podemos, sino que es divertido y una experiencia que ansiamos repetir.

Hemos disfrutado muchísimo escribiendo esta historia, y esperamos que os deje a vosotros con la misma sensación que nos ha dejado a nosotras y, sobre todo, que os divirtáis con ella. Esto va dedicado a vosotros con nuestros mejores deseos para esta Navidad y para el año que está por venir; que solo os traiga cosas buenas, (y un elfo de Santa Claus, a poder ser).

Y no olvidéis dejarnos vuestros comentarios en Amazon, sin duda serán el mejor regalo de Navidad.

¡Gracias!

Capítulo 1

«Maldita Navidad», pensó Maddy mientras subía a la carrera las escaleras de la salida del metro. Tenía ganas de refugiarse en su hogar, el único lugar sobre la faz de la Tierra al que la Navidad, las risas, los adornos y las luces de colores, no tenían acceso.

La Navidad estaba presente en todos sitios. En el trabajo, todos los compañeros se felicitaban estas fechas con amplias sonrisas y *ho, ho, hos*, imitando a Santa Claus; incluso algún gracioso se movía por la oficina con un horripilante gorro rojo ribeteado de blanco. En las calles, la gente cargaba regalos, los escaparates de las tiendas estaban llenos de renos, muñecos de Papá Noel y copos de nieve falsos; y en cada esquina un falso Santa hacía repiquetear su campana para llamar la atención de los transeúntes y pedirles un donativo para cualquier causa perdida.

Pero lo que peor llevaba eran los villancicos.

Cada canción le recordaba a la época en que era una niña y todavía adoraba la Navidad. La tarde de Nochebuena, su padre la cogía de la mano y se la llevaba de paseo hasta el parque Lincoln, donde todo el mundo se juntaba de forma espontánea para cantar villancicos. Su padre tenía voz de tenor y le encantaba unirse a cada coro que se encontraban. Todavía podía oír su maravillosa voz flotar en el aire cada vez que sonaba una de estas canciones, lo que la ponía demasiado triste y melancólica.

Porque sus padres ya no estaban. Hacía años que habían muerto en un estúpido accidente de avión. Maddy estaba cursando su primer año en la universidad de Nueva York y ellos habían decidido que irían hasta allí a pasar las Navidades en lugar de reunirse en su casa como cada año. Querían disfrutar de la Gran Manzana durante aquella época, algo que no habían podido hacer nunca.

Pero cuando volaban hacia allí, el maldito avión se estrelló y murieron.

Fueron unas Navidades nefastas, y Maddy empezó a odiar aquellas fechas.

«No pienses en papá y mamá», se recriminó, porque si lo hacía, acabaría llorando de nuevo.

Entró refunfuñando en su apartamento. Sabía que se había convertido en un *grinch*, pero no podía evitarlo. ¿Cómo podía disfrutar de aquellas fiestas si

estaba sola? No tenía a nadie en el mundo.

«Tienes a tus tíos y a tus primos», se dijo.

Pero estaban a miles de kilómetros de distancia, viviendo en el pueblo en el que ella creció, y hacía años que no los visitaba. Siempre tenía mil excusas para no hacerlo, a pesar de que cada año, sin falta, su tía Samantha la llamaba para invitarla a ir a pasar la Navidad. «Sabes que siempre tienes una cama en nuestra casa para cuando quieras venir, cariño. Te echamos mucho de menos». Pero Maddy nunca iba. Prefería quedarse encerrada en su casa, autocompadeciéndose por su desastrosa y vacía vida.

Se cambió de ropa y se puso el pijama de franela. Hacía mucho frío, y la calefacción no iba todo lo bien que debería. «Tendré que hablar con el encargado y, como es Navidad, me pondrá mala cara porque lo obligaré a trabajar en estas fechas».

El apartamento era pequeño. Tenía un salón-comedor-cocina, todo en uno, un dormitorio, y un baño. Más que suficiente para ella.

Puso la tele y estuvo haciendo zapping un rato, buscando alguna maldita cadena de televisión en la que no estuvieran emitiendo algo que tuviera que ver con la Navidad, pero fue inútil. Al final, apagó la tele, fastidiada, y fue a hacerse la cena.

A las doce en punto de la noche, todavía no se había acostado. Debería haberlo hecho, porque al día siguiente tocaba madrugar otra vez, pero se sentía tan triste y sola que después de cenar decidió buscar en Netflix una película que no fuese navideña.

«Una de terror me iría muy bien», pensó.

Pero a medianoche se le empezaron a cerrar los ojos y no pudo continuar.

Miró el reloj y suspiró. Era hora de acostarse.

Estaba dejando en la cocina los restos de la cena cuando un ruido amortiguado llamó su atención.

Se giró y, ante ella, había un hombre.

Durante unos segundos lo miró, perpleja, sin saber cómo reaccionar. Era alto (metro noventa por lo menos) y delgado, con el cuerpo bien formado. Los músculos estilizados se notaban perfectamente bajo su ropa. Llevaba unos pantalones vaqueros ajustados, una camiseta negra en la que resaltaban las letras «*ho, ho, ho*» doradas, y unas botas militares. El pelo, largo y rubio, le

caía por los lados de la cara. Tenía los ojos rasgados, de un verde esmeralda muy bonito; la nariz, aquilina, y la barbilla, afilada.

Pero lo que le llamó la atención fueron sus orejas. Eran alargadas, terminadas en punta, sobresaliendo del pelo a ambos lados de la cabeza.

De repente, fue consciente de lo que ocurría: un extraño se había colado en su casa a saber con qué intenciones.

Gritó.

Gritó tanto y tan fuerte que se extrañó de que los cristales no saltaran hechos pedazos.

—¿Quién coño eres tú?! —exclamó, cogiendo lo primero que tuvo a mano: una sartén que estaba en el fregadero esperando para ser limpiada, amenazándolo con ella—. ¿Qué haces en mi casa?!

—No grites, por favor —le imploró el desconocido, alzando las manos en señal de paz—. Me llamo Kai. Soy un elfo de Santa Claus, y me ha enviado a ti para hacer que vuelvas a sentir el espíritu navideño.

—¿Un elfo de Santa? Sí, claro, y voy yo y me lo creo. ¿Estamos tontos, o qué? ¡Fuera de mi casa!

—Te juro que es la verdad, Maddy.

—¿Y desde cuando los putos elfos sois unos guaperas? ¿Eh? Que todo el mundo sabe que los elfos son unos bichos feos de narices, como los de Harry Potter, y que no se parecen nada a Legolas.

—¿Los elfos, feos? —exclamó el desconocido, abriendo mucho los ojos y llevándose una mano al pecho como si estuviera al borde de un infarto—. Estás confundida. Esos son los gnomos que trabajan en la fábrica de juguetes. ¿Es que los humanos ya no recordáis nada de nada?

—Los humanos no recordaremos nada de nada —bufó Maddy, alzando más la sartén, dispuesta a soltarle un sartenazo a la que se aproximara—, pero tú eres un putito loco con orejas postizas que se ha colado en mi casa, y más vale que te largues si no quieres que llame a la policía.

—Le dije a Santa que, hoy en día, ya no es buena idea esto de aparecer de repente en casa de la gente, pero, ¿me escuchó? No, claro que no. «Las cosas se hacen como deben hacerse», dijo. Escucha, Maddy, en serio, ¿no me vas a dar una oportunidad?

—La oportunidad te la dará el oficial de policía que te detenga.

Sin soltar la sartén, Maddy caminó decidida hacia el teléfono móvil, que estaba sobre la mesita de café, delante del sofá.

—Oye, en serio, no deberías...

—¡Mantente alejado de mí! —gritó, señalándolo con la sartén—, o te arreo un porrazo que te dejará tonto además de loco.

—Maddy, por favor...

Ya casi tenía el teléfono a su alcance cuando el desconocido se abalanzó sobre ella. Maddy tropezó, la sartén salió despedida chocando contra un cuadro de la pared, y todos, cuadro, sartén, desconocido y Maddy, cayeron al suelo haciendo un gran estrépito, con tan mala fortuna que él quedó encima de ella, aplastándola con su duro y masculino cuerpo.

Se miraron a los ojos durante un solo segundo. Sus miradas quedaron atrapadas. Era una situación alarmante y extraña, porque Maddy sintió que el calor de él la envolvía, transmitiéndole un contradictorio mensaje de paz y tranquilidad, como si estar en esa posición, atrapada bajo el cuerpo de un extraño, fuese lo más normal del mundo. Como si aquello fuese lo correcto.

Pero no lo era, y la sensación de paz, de estar a salvo, desapareció instantáneamente en cuanto se dio cuenta de que el extraño bulto que se le calvaba en el vientre, era la polla hinchada de ese tío.

¡Se había empalmado!

Maddy gritó. Gritó con todas sus fuerzas mientras con las manos buscaba arañarle la cara.

—¡¡¡¡¡Socorro!!!! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡¡¡Me violan!!!

El desconocido, completamente horrorizado, se apartó de ella arrastrándose por el suelo como si fuese un maldito cangrejo, hasta que chocó con la espalda contra el sofá.

—¡Por Dios! ¡Que no voy a violarte, Maddy! ¡Que te he dicho la verdad! ¡Soy un elfo de Santa!

—¡Y una mierda! ¡Eres un puto perverso! ¡Cabrón! ¡Mal nacido! —Maddy no dejó de gritar mientras se levantaba y corría hacia el bolso.

No tardó ni un segundo en sacar el spray de pimienta que siempre llevaba allí. Apuntó hacia el intruso, y lo roció con el gas.

—¡¡¡Aaaagh!!! ¡¡¡Mis ojos!!! —gritó el hombre.

Y desapareció.

De repente. Ante las narices de Maddy. Estaba allí, gritando, llevándose las manos a los ojos maltratados, y al segundo siguiente, ya no estaba.

Se había esfumado como por arte de magia.

Maddy empezó a hiperventilar mientras se apoyaba en la pared y dejaba que su cuerpo resbalara lentamente hasta quedarse sentada en el suelo, con los ojos fijos en el lugar en el que el intruso debería estar.

Pero ya no estaba.

«Dios mío, me estoy volviendo loca»

Kai apareció en su casa, en el Círculo Polar. Se dejó caer al suelo mientras seguía gimoteando de dolor. Le rodaban gruesos lagrimones por las mejillas. Tenía los ojos tan hinchados que no podía abrirlos, y le quemaban como si alguien se estuviera empeñando en usarlos como cenicero y apagar allí los cigarrillos.

Gateó a ciegas para llegar al baño. Por el camino, se dio un golpe en la cabeza contra la mesa; se comió el sofá; metió la mano dentro del tazón de agua de su perro, Bernie, un san bernardo gigantesco que le ladraba, asustado, desde un rincón; enredó las manos con la alfombra de pelo largo y acabó de boca en el suelo.

—Maldita loca —refunfuñaba entre tropiezo y tropiezo—. ¿Cómo demonios voy a conseguir que recupere el espíritu navideño si está loca de atar? Como regrese a su casa, capaz es de pegarme un tiro.

Cuando por fin llegó al baño, se metió dentro de la bañera, sin quitarse la ropa siquiera, y abrió el grifo a tuestas. El agua salió helada y pegó un grito, pero mejor eso que seguir sintiendo cómo le ardían los ojos.

«No pienso volver. Que Santa me asigne otro reto, porque este no pienso cumplirlo. ¡Me arriesgo a morir si vuelvo allí!».

Poco a poco, el agua fue saliendo más templada. Los ojos ya no le picaban tanto, y se arriesgó a abrirlos, parpadeando mucho y poco a poco, con miedo.

Todo a su alrededor aparecía borroso, como en una cámara mal enfocada; pero poco a poco las imágenes fueron adquiriendo definición.

«Menos mal. Creí que me había dejado ciego para el resto de mis días».

Apagó el grifo y se quitó la ropa empapada dejándola allí, incluso las botas. Se envolvió con la toalla, tiritando de frío, y se acercó al espejo.

Tenía los ojos y los párpados hinchados y enrojecidos.

«Iré a ver a Santa. No puedo volver a esa casa. Dios mío, me ha dejado hecho un guiñapo».

Tiró la toalla y caminó hasta el dormitorio, con la intención de buscar algo de ropa seca que ponerse.

De repente, le vinieron a la mente unos ojazos almendrados del color dorado de la miel; el pelo rizado, oscuro, cayéndole en cascada; su actitud, defensiva, valiente, enfrentándose a él sin miedo, sartén en mano; y un cuerpo redondeado y curvilíneo que, cuando lo tuvo pegado al suyo, le provocó una terrible erección que solo desapareció cuando ella agredió sus pobres ojos con el spray de pimienta.

Maddy Hart era una mujer muy guapa que había conseguido que se estremeciera de placer y de deseo, algo que no le pasaba desde que había dejado atrás la adolescencia, hacía ya... Bueno, un buen puñado de años.

«Está loca, ¿recuerdas?», se dijo mientras salía de su casa para ir en busca de Santa.

Atravesó el pueblo de típicas casas de madera de la zona, con tejados inclinados, acogedoras y calentitas, con las paredes exteriores pintadas de colores cálidos. Pasó ante la taberna, ya cerrada y vacía, en la que se reunían tanto elfos como gnomos después de la jornada laboral, para echarse unas risas, beber unos tragos, y quizá, iniciar alguna partida de cartas o de dardos.

Santa vivía en las afueras, en una casa enorme y moderna, totalmente domotizada, con gimnasio, piscina cubierta y salón recreativo en el que dos veces al año se organizaban competiciones del FIFA de elfos contra gnomos.

«Quizá debería esperar a la mañana», pensó al darse cuenta de que era más de media noche.

Pero sus piernas siguieron avanzando en dirección al casoplón de los señores Claus.

Por suerte, Santa todavía no se había acostado. Lo recibió en su despacho, sentado ante el fuego de la chimenea que chisporroteaba, vistiendo un pijama a cuadros gris y azul, y unas zapatillas con forma de zorro en los pies.

—Es lo único auténtico que queda en esta casa —refunfuñó por bienvenida—. No debí haber accedido a los planes de la señora Claus de modernizarla. ¿Tú qué opinas?

Kai lo miró sin contestar. Se sentó al lado de Santa, en el otro sillón ante el fuego, y suspiró.

—Necesito pedirte un favor —confesó, avergonzado. Lo cierto era que, una vez llegado allí, se sentía abochornado por lo que iba a pedirle.

—¿Cómo va tu misión con la señorita Hart?

—De eso se trata, precisamente. No va, así de simple. Esa mujer está loca. ¿Ves mis ojos? Me lo ha hecho ella. He tenido que salir por patas de su casa.

—Bueno, no sería un desafío si fuese un trabajo fácil.

—¡Pero es que me matará, Santa! ¿Cómo pretendes que vuelva allí otra vez, si eso pone en peligro mi vida?

—Entonces, ¿renuncias a tu pretensión de convertirte en mi sucesor?

—¿Qué? —exclamó, alarmado. Desde que tenía uso de razón, Kai había soñado con convertirse en el sucesor del actual Santa cuando este decidiera jubilarse para pasar el resto de su vida en cualquier lugar paradisíaco, igual que habían hecho sus antecesores—. ¡Por supuesto que no!

—Pues a mí me parece que sí quieres renunciar, cuando te rindes tan fácilmente. ¿Crees que ser yo es fácil? ¿Que no me encuentro constantemente con retos difíciles de solucionar? Si abandonara ante la primera dificultad, no sería digno de vestirme de rojo, ¿sabes?

—Supongo —contestó Kai de mala gana.

—Buen chico —lo consoló Santa, palmeándole el hombro—. Vete a casa, descansa, échate algo en esos ojos para curártelos y, mañana por la noche, vuelve a la carga.

—Está bien, —refunfuñó, levantándose dispuesto a marcharse. Sabía cuándo lo estaban despidiendo sin necesidad de que se lo dijeran directamente —, pero si muero en el intento, cargarás con las culpas durante el resto de tu vida.

—No seas tan melodramático, muchacho. Y no te acobardes. Eres un hombretón de metro noventa, recuerda eso. Masculino, viril, fuerte, atractivo... Utilízalo si hace falta.

Kai resopló pero no dijo nada. Ser alto, masculino, viril, fuerte y atractivo, no eran atributos que logran detener las balas; y, para el caso, tampoco servían para amortiguar los sartenazos.

«Esta misión va a acabar conmigo».

Pero seguiría adelante con ella, por su sueño. Porque conseguir ser el próximo Santa Claus era la ilusión de su vida, y no iba a renunciar a ella por nada del mundo.

Capítulo 2

—¡Te lo juro! Que me caiga muerta aquí mismo si es mentira.

Helen la miraba como si estuviera loca.

No podía culparla, lo que le estaba contando sonaba a un mal viaje después de haber mezclado ansiolíticos con alcohol, pero Maddy estaba bastante segura de lo que había visto. Solo necesitaba un testigo para terminar de convencerse de que no había perdido la cabeza y por eso, después del trabajo, había arrastrado a su vecina hasta su apartamento.

Helen era, además de su vecina, su mejor amiga. Desde que apareciese en su puerta con un bizcocho comprado en el supermercado de la esquina intentándolo pasar por uno casero para darle la bienvenida, Maddy no pudo más que quererla. Adicta al café, sarcástica y sincera hasta la médula, era de las pocas personas en las que confiaba en Nueva York, y la única a la que podía contarle que el elfo que había intentado violarla la noche anterior desapareció ante sus ojos. Por difícil que fuera de creer, Helen se quedó a escuchar, al menos durante un tiempo. La paciencia no era una de sus virtudes.

—Llevamos aquí desde las ocho de la tarde y no ha aparecido nadie —respondió Helen, arrugando el morro al comprobar que el café se le había enfriado. Era la tercera taza que tomaba, pero para ella nunca era suficiente—. Yo creo que voy a irme a mi casa.

—¡No! Helen, por favor. —Maddy la detuvo agarrándola por el brazo con un gesto desesperado. Tenía que convencerla de que se quedase el tiempo suficiente, y solo se le ocurrió una cosa para retenerla, algo que siempre funcionaba—: ¡Te invito a cenar! ¿Vale? ¿Qué te parece?

Helen la miró con desconfianza. Su amiga estaba rara, la miraba con los ojos muy abiertos y una expresión que rozaba la demencia. Sin embargo, Maddy cocinaba muy bien, mucho mejor que ella, que vivía a base de llamadas al restaurante chino y a la pizzería por su absoluta inutilidad en la cocina. Además, pensándolo bien, su casa solo estaba dos pisos más arriba si se veía en la necesidad de huir: el riesgo valía la pena.

—De acuerdo —concedió al final—, pero si a las doce no ha venido el violador de la Tierra Media, yo me piro.

—Vale, trato hecho. Pero no es de la Tierra Media, es del Polo Norte.

—Sí, lo que tú digas —dijo volviendo a sentarse con un suspiro hastiado.

—Gracias, Helen. Voy a hacer un pollo al curry que vas a desear quedarte a vivir aquí.

—El pollo al curry está muy bien, pero hasta que no te arreglen la calefacción prefiero volverme a vivir a mi casa.

—Puede que no digas lo mismo cuando veas al elfo —replicó Maddy, más tranquila sabiendo que su amiga se quedaría con ella.

—Al final estás haciendo que todo este asunto me intrigue de verdad.

Maddy se metió en la cocina, dispuesta a agasajar a su amiga con una buena cena que compensase mínimamente la locura en la que la estaba embarcando. Helen sirvió vino, y durante un buen rato solo conversaron de temas banales.

La medianoche llegó y las pilló con los platos vacíos sobre la mesita de café. Helen estaba satisfecha, de nuevo comprobó que cenar en casa de su vecina siempre valía la pena, pero ya comenzaba a hacerse tarde. A las doce en punto Maddy apagó la tele y guardó silencio, observando el apartamento como si algo acechase en cada esquina, bajo la mirada incrédula de Helen. Las dos permanecieron en silencio, atentas a cada mínimo sonido en la salita.

A medida que pasaban los minutos, Helen se impacientaba, y lo que al principio le había parecido una broma jocosa, comenzó a aburrirla. Un cuarto de hora era suficiente espera, era lo que alguien debía aguardar por mero protocolo, pero ella ya estaba harta.

—Son las doce y cuarto, aquí no aparece Legolas y yo ya estoy cansada —dijo Helen tras dejar pasar el tiempo de cortesía—. Yo me piro a dormir —apostilló poniéndose en pie.

—Helen, por favor. —Maddy volvió a agarrarla del brazo, le puso cara de corderito, intentando apelar a sus sentimientos, pero llegado cierto punto lo único que Helen tenía era sueño—. No me dejes sola. ¿Qué hago si vuelve a aparecer? Está loco, ¿y si me viola?

Su amiga se deshizo con suavidad de su presa desesperada y la agarró con delicadeza de los brazos, como se hace con quien sufre un ataque de nervios. O con los niños.

—Mira, Maddy, lo que pasó es que tuviste un sueño lúcido y no has

terminado de asimilarlo —dijo con voz suave y vocalizando bien, como si además de loca la creyese retrasada—. Te has hecho la cabeza un lío, pero si te tomas un Valium y te acuestas mañana te darás cuenta de lo absurdo que es todo esto.

—¡Que no, joder! —exclamó soltándose con un gesto brusco, señalando indignada el cuadro de la pared que aún permanecía torcido y con el marco roto—. Se rompieron cosas con el forcejeo, ¿es que no has visto el cuadro?

—Las debiste romper tú estando sonámbula —señaló Helen, poniendo algo de cordura en la conversación. Comenzaba a sospechar lo que estaba pasando allí, porque con Maddy todos los años era igual. Aunque hasta ahora nunca se había inventado nada tan absurdo como la visita de un elfo de Papá Noel.

—¿Desde cuándo soy yo sonámbula, tía? —respondió indignada.

Helen suspiró con un gesto de eterna paciencia, cogió su chal y se lo echó sobre los hombros. Solo tenía que subir dos pisos, pero en el pasillo hacía un frío que pelaba, casi tanto como en la casa de Maddy.

—Maddy..., estamos en Navidad y estas fechas te provocan mucha ansiedad. Todas estas cosas que te están pasando son por eso. De verdad, tómate una pastilla y vete a la cama, no creo que sea bueno que yo contribuya con este delirio.

El sonido de la puerta al cerrarse la pilló allí, con la boca abierta, mientras su amiga la dejaba tirada. Se quitó una pantufla y la tiró contra la puerta con rabia, sintiéndose impotente.

—¡Ten amigas para esto! Maldita traidora.

Con un suspiro, se pasó las manos por el pelo y trató de calmarse.

Durante un rato se mantuvo quieta, mirando hacia todos los rincones, con la esperanza de que el rubio nortño apareciera allí como por arte de magia, entonces le tiraría de esa melenaza fabulosa que tenía y lo llevaría a rastras a casa de su amiga para demostrarle que no se había vuelto loca.

—Kai... ¿te llamabas así? —habló a la nada—. Ya puedes aparecer, maldito elfo tramposo. O lo que seas.

Pero allí no apareció nadie.

A miles de kilómetros, en una pequeña casa de madera del Círculo Polar

Ártico, Kai observaba en el espejo lo que acontecía en casa de su protegida. Bernie, su gigantesco perro, miraba con atención a la muchacha de pelo rizado que se dirigía hacia su habitación entre maldiciones e insultos dirigidos a su amiga.

—Ya, es guapa, pero está como un cencerro —comentó Kai a su perro, que resopló y se dejó caer con todo su peso sobre la mullida alfombra—. ¿Sabes? Debería vengarme por lo que hizo, ¡aún me duelen los ojos!

Se mesó la barbilla, observando a Maddy mientras entraba en su cuarto y se quitaba la pantufla que le restaba, dejándola tirada por ahí mientras comenzaba a desnudarse para meterse en la cama. Los elfos eran seres refinados y educados en los más estrictos protocolos, así que sus modales le obligaron en ese momento a apartar la mirada y esperar a un momento más propicio para viajar a través del espejo; pero entonces tuvo una idea. Una idea maliciosa, nada propia de un elfo.

«Esta es la mía. Al menos la haré sentir un poco incómoda a cambio de la comezón que aún tengo en mis preciosos ojos».

Volvió a mirar el espejo, y en la superficie plateada vio las formas desnudas de su protegida. El cuerpo voluptuoso, la piel cremosa y salpicada de pecas y la tersura de un trasero que aún se mantenía erguido y respingón desafiando a la gravedad, le hicieron olvidar por un momento lo que iba a hacer y todos los preceptos de su educación. El calor volvió a acumulársele entre las piernas, sorprendiéndole de nuevo con aquella reacción tan impropia de él.

«¿Por qué me está pasando esto? A mí ni siquiera me gustan las humanas».

Bernie le miró desde el suelo y de no ser porque era un perro habría jurado que lo hacía de forma inquisitiva, como si estuviera juzgándole.

Suspiró, y antes de que la cosa fuera a más, Kai decidió actuar y dio un paso al frente. Debía hacer su trabajo.

Un grito histérico le dio la bienvenida al otro lado del espejo.

Maddy, con el camisón en la mano, se cubrió como pudo con la prenda y le miró con los ojos abiertos de par en par. La expresión asustada apenas duró una milésima de segundo, antes de que su mirada se prendiera del fuego de ese enfado que Kai tan bien conocía a esas alturas. El elfo miró alrededor, esperando que no tuviera nada a mano para golpearle, en especial el temido spray con el que le había hecho ese destrozo en los ojos.

—¿Por qué has tenido que esperar a que estuviera en pelotas para aparecer?! ¡Te he llamado hace cinco minutos! —gritó ella—. He estado toda la tarde esperándote con mi amiga, pero no, tú tenías que aparecer cuando estoy sola. ¡Ahora cree que estoy loca!

«Un poco loca sí que estás», pensó el elfo en su fuero interno.

—Naturalmente —respondió, en cambio, con una media sonrisa que pretendía ser canalla—, me he presentado en el peor momento como venganza por lo que me hiciste ayer, ¡todavía me escuecen los ojos! Y hasta los tengo rojos por culpa de esa... cosa que me echaste.

—¡Pensaba que eras un violador! —se defendió ella.

—¿Y ahora? ¿Qué crees que soy? —inquirió Kai, cruzándose de brazos muy ufano y levantando la barbilla orgullosamente—. ¿Te crees ya que soy un elfo de Santa Claus?

Maddy estrujó el camisón contra su pecho y respiró, tratando de recuperar el control. Sus ojos de color miel echaban chispas, pero al menos no parecía que esta vez quisiera agredirle con el mensaje de hogar.

—No sé si eres un elfo o una alucinación, pero lo que está claro es que no eres normal. Quizás seas un sueño, y yo me haya dormido sin darme cuenta.

—Bueno, lo que yo sea da igual —respondió Kai, abriendo las manos y encogiéndose de hombros—, porque voy a llevarte de viaje a una de las navidades pasadas. Es lo que Santa quiere para ti, y es lo que haremos.

—¿Qué? ¿Ahora estamos en un cuento de Dickens? ¿Pero esto no era el Señor de los Anillos?

Kai puso los ojos en blanco y resopló. No entendía como una raza con tan poca esperanza de vida podía perder tanto el tiempo preguntando chorradas.

—Todo el mundo dice lo mismo, ¿sabes? Empiezo a estar un poco harto del dichoso cuento de marras. Le dijimos que no contase nada, pero el viejo tuvo que escribir un libro...

—¿Tú conoces a...?

—Venga, agárrate a mí y vámonos —la cortó él. Maddy dio un par de pasos atrás cuando se acercó a ella.

—Tengo que vestirme, y ponerme unos zapatos cómodos. Si vamos a viajar tengo que...

—Con el camisón estará bien. —«Y tan bien, es casi transparente», pensó

al ver la fina tela de la prenda, y al instante se recriminó: «¿Qué es lo que me pasa? Deja de pensar en esas cosas, Kai, tienes una misión que cumplir»—. No te preocupes, no vas a sentir frío. Es un viaje mágico.

—Vale, pero date la vuelta.

Kai se dio la vuelta y la fortuna quiso que pudiera ver el reflejo de la humana a través del espejo por el que había llegado. Esta vez le fue más fácil ignorar el impulso de bajar la mirada y comportarse como un caballero y, seguramente, de haberse dado cuenta no habría querido hacerlo. Su mirada volvió a posarse en los firmes y suaves glúteos de Maddy, que le recordaron a un melocotón maduro. Volvió a sentir el tirón ardiente entre las piernas cuando su sexo se irguió sin que pudiera hacer nada para remediarlo.

«¿¡Otra vez?! ¿Qué es lo que me está pasando? Los elfos no somos así, somos seres tranquilos y respetuosos... ¡y aquí estoy, poniéndome como una moto mientras espío a mi protegida! Esto es del todo impropio».

El decoro acabó vencién­dole y Kai apartó los ojos, sintiendo que las mejillas se le calentaban al ruborizarse. ¿Qué pensaría Santa si se enterase de eso? Seguramente le despediría.

—Ya está, puedes volverte.

Tomó aire e hizo un esfuerzo por tranquilizarse antes de darse la vuelta. Esbozó la mejor de sus sonrisas y se acercó hasta ella, pasándole una mano por la cintura.

—Agárrate bien.

Maddy obedeció, y Kai no pudo evitar respirar el perfume de sus cabellos al apretarla contra su cuerpo y trazar un gesto con la mano. Un signo mágico resplandeció en el aire y la mujer dio un respingo cuando un túnel de niebla blanca se abrió ante ellos. Antes de que pudiera decir nada aparecieron en el salón de otra casa, a kilómetros y años de distancia.

El elfo sonrió con suficiencia al ver la impresión pintada en el rostro de Maddy, que le miraba a él y al familiar entorno como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó ella con incredulidad.

—Magia. Es un truco básico —respondió orgulloso.

El fuego ardía en la chimenea, el olor de la comida se extendía por la estancia, y en el salón, la enorme mesa esperaba dispuesta a que toda la

familia se sentase a disfrutar de las viandas navideñas. Ante el hogar, la pequeña Maddy, de tan solo cinco años, pintaba con ceras de colores sobre una libreta.

—¡Maddy, ven a la mesa! Es hora de cenar —la apremió una voz femenina de tonalidad dulce.

—¡Voy mamá! —respondió la niña, volviéndose con los ojos de color miel brillando de ilusión.

—Soy yo... —susurró Maddy, abrazándose a la cintura de Kai, impresionada por lo que estaba viendo.

—Sí... eres tú. —Kai sonrió mirando a la Maddy del pasado, luego la miró a ella, pensando en que aún quedaba algo de esa niñita en sus ojos—. No te preocupes, ellos no pueden vernos. Solo observa.

Maddy asintió, y con la mirada acuosa volvió su atención al pasado.

Capítulo 3

«Son papá y mamá», pensó, saltándosele las lágrimas.

Toda la familia estaba reunida alrededor de la mesa, y la escena no podía ser más típicamente navideña. El padre de Maddy y tío Mike se reían de uno de los chistes malos de tío George, que solía contarlos haciendo muchos aspavientos y poniendo caras raras. Mike tenía la costumbre de golpear la mesa con la palma de la mano mientras se carcajeaba, y tía Agatha acababa riñéndole por ruidoso. Tía Samantha, la esposa de George, le estaba contando a la madre de Maddy la última travesura de John, su hijo más pequeño. Los primos David, Lucas y Darío, los más mayores, cuchicheaban, probablemente preparando alguna jugarreta para las niñas, Simone, Evangeline y la propia Maddy.

También estaba el abuelo, mirando con tristeza su plato, porque la abuela hacía poco que había muerto y todavía no se había recuperado de su pérdida.

—El abuelo nunca lo superó, ¿sabes? —murmuró Maddy.

—¿El qué?

—La muerte de la abuela. Él murió pocos meses después. Pero papá nunca dejó que la tristeza estropeará nuestras Navidades.

Kai le apretó la cintura con una mano, intentando reconfortarla, y le limpió una lágrima con delicadeza, con la yema del dedo.

El ruido de los platos, los cubiertos y los vasos de cristal; de las risas, las conversaciones y la alegría, llenaban la casa.

El árbol de Navidad llegaba hasta el techo, y arriba, coronándolo, estaba un reluciente ángel blanco. Velas, guirnaldas, frutos rojos, y el muérdago; los calcetines colgados en la repisa de la chimenea; las luces parpadeantes en las ventanas: toda la casa estaba llena de adornos navideños, y emanaba ese suave y sutil aroma a Navidad que consigue conmover los corazones.

La pequeña Maddy no se estaba quieta ni un solo segundo. Aquella noche era la noche en la que Santa Claus iba a viajar por todos los hogares del mundo dejando regalos, y la pequeña, ilusionada, no paraba de hacer viajes hasta la ventana para ver si lo veía llegar.

—Santa Claus no existe, pequeña tonta.

La voz del primo David, el mayor de todos, que ya contaba con diez años, le susurró aquella terrible noticia a la pequeña Maddy en un momento en que los mayores no les prestaban atención.

—No recordaba que David fuese tan malvado —susurró la Maddy adulta, sorprendida.

—No es malvado —contestó Kai, justificando al niño—. Está en esa edad en que ya casi no es un niño, pero todavía no es adulto aunque quiera serlo a toda costa. Y presumir de saber algo así hace que se sienta más mayor. Pero no lo hace con maldad.

—¡Eso no es verdad! —contestó una furibunda Maddy de niña, plantándole cara a su primo mayor—. Y si no dejas de decir tonterías, no te dejará ningún regalo.

—Eres muy ignorante, Maddy cabeza de chorlito. Los regalos los compran los padres —se burló David.

—¡Mamiiiiiiii! —gritó Maddy, al borde del llanto.

—Maddy, cariño, ¿quieres hacer el favor de volver a la mesa, cielo? Por mucho que te asomes a la ventana, Santa no vendrá antes.

—Mamá me tenía una paciencia infinita. —Maddy sonrió, viendo cómo su madre se levantaba de la mesa por enésima vez para cogerla en brazos, llenarla de besos, y sentarla de nuevo en su silla—. La echo tanto de menos...

Los echaba de menos a todos. A papá y mamá. A los tíos George y Mike; a las tías Agatha y Samantha; a los primos David, Lucas, Darío y John; y a las primas Simone y Evangeline.

«¿Por qué no he querido volver en todos estos años?».

Cada Navidad, cuando Samantha la llamaba por teléfono para invitarla a ir a pasar allí las fiestas, ella siempre ponía mil excusas para no hacerlo. Que si tenía mucho trabajo; que si el billete era muy caro en esas fechas y su sueldo no era muy alto; que ya tenía planes... Y a sí misma se mentía diciéndose que ya casi no los conocía, que se sentiría incómoda, como si estuviera con gente extraña. Todos sus primos se habían casado, habían tenido hijos, y ella ni siquiera conocía a sus mujeres y maridos.

Así que, año tras año, se negaba a ir y, en su lugar, se encerraba en casa, maldiciendo la Navidad como un auténtico grinch, atiborrándose a chocolate y autocompadeciéndose.

«Estoy empezando a pensar que he sido una auténtica estúpida».

—¿Podemos volver a casa, por favor? —le pidió a Kai con la voz entrecortada, refugiándose en la calidez de su abrazo y enterrando el rostro en el fornido pecho.

Kai olía a bosque, a madera y resina, y Maddy aspiró aquel aroma con deleite mientras sus pequeñas manos arrugaban la camiseta negra.

—Lo siento, pero todavía no.

—¿Por qué?

—Porque hay más por ver.

—Está bien —suspiró, llena de resignación.

La niebla los envolvió de nuevo durante unos segundos, y la escena cambió totalmente.

La casa estaba silenciosa. La mesa ya había sido recogida. Del fuego que ardía en la chimenea, solo quedaban los rescoldos. Una pequeña Maddy estaba dejando sobre la mesa al lado del árbol, un plato lleno de galletas y un vaso de leche caliente. Era para Santa Claus, porque la noche era fría y necesitaría algo que lo ayudara a mantener el calor.

Su padre, agachado a su lado, la observaba.

—Papi, David me ha dicho que Santa no existe, que los regalos los compran los papás —confesó la pequeña, con la voz temblorosa—. ¿Es verdad?

—¡Por supuesto que no! Voy a tener una charla con David, ese gusano infecto.

Maddy se rió. Hacía unos meses había oído esa expresión en una película, y le había hecho tanta gracia y se había reído tanto que, desde ese día, su padre aprovechaba cualquier circunstancia para decirla, dándole un toque teatral de villano de Disney.

—Entonces, ¿es mentira lo que me ha dicho David?

—Totalmente mentira.

—Es que... —Maddy se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y miró a su padre haciendo una mueca—. He estado pensando, ¿sabes?

—Ay, esa pequeña cabecita pensante que nunca para quieta. ¿En qué has pensado, cariño?

—En que una noche sola es muy poco tiempo para que Santa pueda dejar regalos en todas las casas de todo el mundo.

—¿Siempre hacías este tipo de preguntas? —le susurró Kai al oído, sorprendido.

—Era bastante espabilada para mi edad, y siempre ponía en aprietos a mi padre, sí. Aunque él solía resolver la situación con mucho ingenio.

—Pero es que Santa hace magia, cielo —contestaba en aquel momento el adulto—, y esta noche también es mágica. Y gracias a la magia de la Navidad, Santa puede llegar a todas las casas de todo el mundo en una sola noche.

—Aaaah.

—Qué inocente era, y qué fácil me lo creí —suspiró la Maddy adulta.

—¿Acaso ahora no lo crees?

—Kai, ¿en serio? Supe que los regalos los compraban los padres con siete años.

—Bueno, en algunos casos es así, pero no en todos.

—¿Qué quieres decir?

Kai suspiró, no sabiendo si contarle la verdad o no. Su misión era conseguir que Maddy recuperara el espíritu navideño. Si le contaba la verdad, ¿sería contraproducente?

Decidió que no.

—Verás, hoy en día no todos los regalos de Santa Claus son... evidentes. Ni deja regalos a todo el mundo. Los juguetes de la fábrica de los gnomos van a parar a orfanatos, casas de acogida, hospitales infantiles, o asociaciones que se dedican a repartir juguetes a los niños menos favorecidos. Pero sus regalos más preciados son otros.

—¿Cuáles?

—¿Te acuerdas de las primeras navidades después de que tus padres fallecieran?

—Por supuesto que me acuerdo —gruñó Maddy. ¿Cómo no iba a acordarse de algo así?

—Te sentías muy sola y desamparada, en Nueva York, lejos de tu familia, porque no quisiste aceptar la invitación de tu tía Samantha. ¿Qué fue lo que te lo hizo todo más llevadero?

—¡El Señor Bigotitos! —exclamó, sorprendida. El Señor Bigotitos era un cachorrito de gato que se encontró aquella misma Nochebuena en la puerta de la residencia. Era muy pequeño y estaba todo sucio y tan delgado que parecía de alambre—. ¿Estás insinuando que fue Santa quien puso al Señor Bigotitos en mi camino?

—No lo estoy insinuando —contestó, arrogante—. Lo estoy afirmando. Santa envía a todo el mundo aquello que necesita durante las fechas de Navidad. Lo que necesita, no lo que desea. Y tú necesitabas a alguien de quien ocuparte y que te hiciera sentir menos sola. Por eso te envió al Señor Bigotitos.

—Tuve que darle biberón —sonrió, enternecida por el recuerdo—. Estuvo a mi lado muchos años, hasta que murió.

Hacía dos años desde que el gato había fallecido, y no se había decidido a tener otro. Una lástima, porque cuando él vivía su apartamento parecía menos vacío y más un hogar. «Quizá debería adoptar otro», se dijo.

La pequeña Maddy ya había desaparecido de la escena. Su padre la había llevado a la cama para que pudiera dormir, o Santa no pasaría por su casa.

—¿Hemos terminado ya? —preguntó una adulta Maddy. Habían sido muchas emociones para una sola noche, y tenía ganas de quedarse sola y recapacitar.

Quizá Kai tenía razón. Quizá debería esforzarse en recuperar el espíritu navideño, y a su familia. Y adoptar otro gato que le hiciera compañía.

—Todavía no. Queda un último viaje, unas horas más adelante.

La niebla los rodeó de nuevo y volvieron a aparecer justo en el mismo lugar, pero estaba amaneciendo y el sol empezaba a iluminar la calle. Había nevado durante la noche y el jardín delantero de la casa estaba blanco, cubierto por la nieve.

—¡¡Mamiiii!! ¡¡Papiiii!! —La Maddy niña bajó las escaleras corriendo, descalza, con los pies cubiertos por los gruesos calcetines de lana que la protegían del frío—. ¡¡Santa ha dejado muchos regalos!!

Se arrodilló ante el árbol, ahora rodeado de paquetes envueltos en papel de colores brillantes, y atados con grandes lazos. Los ojos de la niña brillaban de alegría. Indecisa, miraba los regalos sin saber cuál empezar a desenvolver.

—¡Vaya! Santa ha sido generoso este año, ¿eh? —exclamó su padre al llegar a los pies de la escalera—. Será que has sido una niña muy buena.

—¡Claro que soy buena! —contestó airada la pequeña—. Siempre soy buena, ¿verdad, mami?

—Claro que sí, cariño —contestó la aludida, arrodillándose a su lado para abrazarla—. Eres la niña más buena del mundo, y te queremos muchísimo.

—Te quiero mucho, mamá.

Madre e hija se abrazaron muy fuerte, pero la impaciencia de la pequeña pudo más que el cariño, y se deshizo del abrazo muy pronto para empezar a desenvolver paquetes.

«Ojalá pudiera volver a abrazarte, mamá», pensó la Maddy adulta. ¡Los echaba tanto de menos! No había día en que no pensara en ellos, y en lo injusto que había sido perderlos tan pronto, cuando todavía no estaba preparada para alzar el vuelo en solitario. Era muy joven, apenas diecinueve años, y nunca lo había superado.

—Kai, ¿crees que..? —

Dejó la pregunta a medias, dubitativa. Quizá no debería pedir algo así pero, ¡lo deseaba tanto!

—Dime —la instó Kai a continuar.

—¿Crees que Santa Claus podría conseguir que pudiera abrazarlos una vez más? Me gustaría tanto poder decirles cuánto los quiero, y cuánto los echo de menos.

Kai suspiró, porque se temía algo así.

—Lo siento, pero Santa no tiene el poder suficiente para hacer algo así —le dijo con tristeza, aunque añadió, intentando bromear—, pero puede hacerte llegar a otro Señor Bigotitos, si quieres.

Maddy agradeció que intentara hacerla sonreír, y esbozó una sonrisa trémula.

—Gracias, pero de eso puedo ocuparme yo sola.

—Aunque... lo que podrías hacer, es ir a ver a tu familia, ¿no crees? Tus tíos, tías y primos, te echan mucho de menos, y estarían muy felices si fueras a visitarlos estas Navidades. Te recibirían con los brazos abiertos, te lo aseguro. Todos se preguntan qué han hecho mal para que en todos estos años siempre rechaces sus invitaciones. El vínculo con la familia es importante, Maddy, y tú has dejado que se vaya deshilachando. ¿Por qué?

¿Qué podía contestar si, en realidad, ni ella misma sabía la respuesta?

Había dado múltiples excusas a lo largo de los años, a ellos y a sí misma, pero todas eran falsas. Mentiras. Patrañas.

La realidad era que ni ella misma sabía por qué no quería ir.

¿Podía ser que el motivo fuese que vivir una Navidad junto a ellos, pero sin sus padres, sería demasiado doloroso y no podría soportarlo?

Volvió a mirar la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Su yo infantil era tan feliz, que casi no podía soportarlo. El mundo se le vino encima de repente, y se dio cuenta de lo sola que estaba. Tenía un vacío en el pecho, como un agujero negro que era incapaz de llenar, y aunque se esforzaba por ignorarlo, estaba allí, latente durante todo el año, para manifestarse con todo su poder en estas fechas, cuando las calles se llenan de luces y villancicos, y todo el mundo siente que el amor rebosa en sus corazones.

—Llévame a casa, por favor —susurró.

Kai no dijo nada. Se limitó a abrazarla con fuerza, pegándola contra su pecho. El calor que desprendía la rodeó y se sintió reconfortada por tenerlo a su lado.

De repente, que él estuviera allí se le antojó muy importante. No podía dejarlo marchar. Tenía que conseguir que volviera, una noche tras otra, durante todas las Navidades.

Quizá así lograría sobrevivirlas sin deprimirse.

La niebla los envolvió y aparecieron en su apartamento.

Después de estar en la casa de su niñez, llena de adornos navideños y tanto amor, su hogar actual le pareció frío y triste. Necesitaba un árbol de Navidad, y muchos ángeles blancos, y bolas, y muérdago y frutos rojos. Por la mañana, se encargaría de ello.

No pudo evitar que las lágrimas corrieran por su rostro, y se aferró a la cintura de Kai intentando impedirle que la dejara sola. Necesitaba a alguien a su lado en aquel momento.

Kai le acarició la espalda y posó un suave beso sobre su pelo revuelto. Maddy se estremeció y alzó el rostro para mirarlo.

Sus ojos se quedaron atrapados los unos en los otros. Maddy suspiró y entreabrió los labios.

Kai no pudo soportarlo. Se pasó la lengua por los labios sin dejar de mirarla. Dudó durante un instante, pero el deseo y la necesidad recorrieron sus

entrañas como un fuego imparable, y bajó el rostro hasta apoderarse de aquellos labios que eran una tentación y llevaban camino de convertirse en su tormento.

La besó a conciencia, con pasión, apoderándose de su boca para saquearla. Las lenguas chocaron, combativas, mientras los dulces labios se entregaban. Maddy alzó los brazos hasta rodearle el cuello y giró el rostro para darle mejor acceso. Kai la apretó contra su cuerpo, y ella notó la erección creciente contra el vientre.

Oh, Dios, lo necesitaba. Quería quitarle la ropa, tumbarlo sobre la cama, y hacerle el amor con furia, con desespero, con la ardiente necesidad que se enroscaba en sus entrañas como una serpiente hambrienta.

Pero Kai se apartó.

Con la respiración agitada, y obviamente confuso por lo ocurrido, parpadeó varias veces, mirándola desconcertado por lo que acababa de pasar.

—Yo..., lo siento.

Maddy se abrazó a sí misma, tan confusa como él. La pérdida de su calor la hacía sentirse huérfana nuevamente.

—No... No importa.

—Sí, sí importa. Me he aprovechado de tu vulnerabilidad para besarte, y eso no está bien. Yo... Nunca me había pasado algo así.

—No pasa nada. Necesitaba ese beso. Gracias.

Visiblemente aliviado, Kai asintió. No entendía qué le había pasado por la cabeza para reaccionar así. ¿Por qué la había besado? No tenía ni idea. Lo único que sabía de cierto, era que apartarse de ella le había costado un considerable esfuerzo, y que se moría por volver a probar sus labios, abrazarla, sentirla contra su pecho, y...

«Dios mío, quiero hacerle el amor», se sorprendió a sí mismo.

Tragó saliva con dificultad y carraspeó. Tenía que recuperar el control y olvidarse de lo que había pasado. Era un elfo de Santa con una misión muy clara, y no podía fallar. No quería fallar. Sus sueños, su futuro, dependían de su victoria.

—¿Has recuperado el espíritu navideño? —le preguntó, intentando volver a ser él mismo.

—Lo siento, pero no. Todo lo que me has enseñado ha sido muy

enternecedor y tal, pero... —negó con la cabeza, sintiéndose una arpía mentirosa—. Mis padres siguen muertos; mi familia está muy lejos, y pasaré esta Navidad sola en este apartamento deprimente. No, no he recuperado el espíritu navideño. Ni creo que vaya a hacerlo nunca.

—Entonces, tendré que regresar mañana.

—Aquí te esperaré.

Kai desapareció, y Maddy se dejó caer sobre el sofá.

«Eres una puta mentirosa».

Miró a su alrededor, y sintió la necesidad de atestarlo todo de adornos; de comprar un árbol de Navidad y llenarlo de luces parpadeantes; y de salir a la calle a gritar «¡Feliz Navidad!» a todo el mundo. De subir hasta el apartamento de Helen y darle un abrazo de oso. De reír, y llorar de alegría. De comprar un billete de avión y presentarse en casa de su tía Samantha sin avisar. ¡Seguro que le daría una gran sorpresa!

Pero no iba a hacerlo.

No.

Porque, de repente, era mucho más importante volver a ver a Kai.

No entendía el motivo de esa incipiente necesidad, y se dijo que, bueno, él estaba muy bueno, besaba como Dios, y hacía mucho tiempo que no se daba un homenaje en forma de noche llena de sexo sudoroso y caliente. Y que estaría muy bien dárselo con Kai, ¿no? Al fin y al cabo, el bulto que había sentido contra su vientre no era su teléfono móvil, ¿verdad?

No, no lo era, pensó mientras sonreía con picardía.

Capítulo 4

Estaba nerviosa como no había estado en mucho tiempo, pero ese calor tembloroso que se acumulaba justo encima de su estómago no era desagradable: era un cúmulo de excitación e ilusión que hacía mucho tiempo que no sentía.

La ilusión se había apagado en su vida, y su tristeza había marcado el compás de sus días desde el accidente de sus padres. Incluso en sus relaciones, Maddy se había negado la felicidad, como si fuera un error que el mundo girase después de que esas dos luces de su vida se apagaran. Tarde o temprano, su tristeza y la soledad en la que se refugiaba acababan conquistándolo todo y haciendo que se alejase de los demás. Ni siquiera había sido consciente de ello hasta la pasada noche, cuando vio a toda su familia sentada en la mesa de Navidad, riendo, compartiendo a pesar de las pérdidas y el paso del tiempo. Kai le había recordado que un día sus ojos estuvieron llenos de ilusión, y que esa ilusión seguía como una pequeña llamita en su interior, esperando ser atendida y alimentada.

Lo que el elfo no podía imaginar era que no solo aquella escena había prendido sus emociones. Su presencia estaba haciendo que algo más despertase en ella, un deseo que su propia depresión había sepultado bajo kilos de autocompasión.

Kai la había besado, y ella, de pronto, había despertado, como en los cuentos. Y a esa llama de ilusión se le unía un incendio que solo el elfo podría apagar. Y ella pensaba conseguir que lo apagase, si es que algo así era posible.

—Es perfecto —se dijo mirándose al espejo, preguntándose si Kai la podría ver a través de él.

Sabía que le gustaba. Lo había sentido la noche anterior, y no iba a dejarle escapar otra vez. Al principio pensó en vestirse, ponerse unos pantalones vaqueros y un jersey y abrigarse para el siguiente viaje que el elfo le tenía preparado, pero en esos viajes no sentía frío y ella tenía que dejar claras sus intenciones, así que escogió sus mejores prendas para ello: un camisón de gasa semitransparente de color negro, un sujetador de encaje del mismo color, y un tanga maravilloso a conjunto. Kai no podría resistirse. No sabía cómo vivían los elfos su sexualidad, siempre había pensado que carecían de ella,

pero este le había demostrado que no era así. A tenor de la erección que había sufrido la noche anterior, su éxito estaba más que asegurado.

Maddy sonrió con malicia al espejo y se acomodó las tetas en el sujetador para que resaltasen más sobre el escote del camisón.

—Mucho mejor. Sí, señor.

Al aparecer tras ella, lo primero que vio Kai fueron las hermosas formas de la espalda y el redondeado trasero de Maddy bajo la transparencia de un precioso camisón de gasa negra. Un calor picante y repentino le subió desde los pies a la cabeza.

«¿Es que quiere torturarme? ¿Por qué se ha vestido así? Lo de anoche ya era difícil de aguantar, pero esto...».

La imagen hizo que el aliento le faltase y la saliva se le fuera por el camino equivocado cuando intentó tragar para no ahogarse. Tosió, y Maddy se volvió dando un respingo.

—¿Kai? ¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—*Cof, cof.* —El elfo se golpeó el pecho y se abanicó con la mano, asintiendo mientras recuperaba la compostura y se erguía cuán alto era. Compuso una expresión seria, intentando centrarse en su trabajo y en nada más —. Sí, sí, claro. He debido acatarrarme.

«Eso no hay quién se lo crea. Los elfos no nos acatarramos. Y tampoco somos unos pervertidos. ¡Vaya ejemplo estoy dando! Menos mal que no me ve nadie».

—Gracias por volver, Kai —dijo ella, dejando pasar su burda excusa.

Entonces se acercó de improvisto y le rodeó la cintura con los brazos, dándole un abrazo cálido de bienvenida. Tuvo que poner todo su esfuerzo en recordar qué estaba haciendo allí cuando sintió los tersos pechos de Maddy aplastarse contra el suyo. Tenía una misión que cumplir, y si no la cumplía, Santa no lo escogería a él para que fuera su sucesor. Es más, si su jefe se enteraba de lo que estaba pasando por su mente en ese instante, le echaría de una patada que le haría volar sin necesidad de magia.

—No hay de qué. Es mi trabajo —respondió tratando de sonar indiferente, rodeándola con el brazo solo para que la magia surtiera efecto y pudieran viajar.

«Cuanto antes termine con esto antes podré volver a mi vida normal», se

dijo, mientras la niebla les envolvía y Maddy se apretaba más contra su cuerpo.

La niebla se disipó y los contornos de una habitación se dibujaron alrededor de ellos. Maddy estaba sentada frente a su tocador. Había un montón de fotografías de los Backstreet Boys pegadas al espejo en el que la niña se miraba con un gesto enfadado. Era la tarde de Nochebuena, ella tenía doce años y su padre llamaba a la puerta con suavidad en ese momento.

—Recuerdo esto... estaba enfadada con mis padres —susurró Maddy, la adulta, que seguía abrazada al elfo.

Sus intenciones se desdibujaban mientras presenciaba el recuerdo, y si ahora se abrazaba a él con necesidad era porque comenzaba a sentir la nostalgia y el mordisco de la tristeza en su pecho.

—Maddy, ¿por qué no bajas con nosotros? Vamos a hacer la cena y a preparar las cosas para esta noche —dijo su padre al entrar. Al ver que la niña no respondía, cerró la puerta, cogió una silla y la acercó al tocador de su hija para sentarse a su lado.

—Tenía mucha paciencia...—susurró la Maddy del futuro, mirando a su padre con ternura.

—Papá, es muy injusto —dijo la niña al fin, dejando el cepillo sobre el tocador.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que te parece tan injusto?

—No entiendo por qué tenemos que juntarnos siempre por Navidad con todos. Nos vemos en los cumpleaños, nos juntamos en Acción de Gracias en casa de tía Samantha, y un mes después aquí otra vez por Navidad —Maddy enumeró cada evento con un dedo, usando un tono indignado—. ¿Por qué no podemos hacer por una vez como Diana?

—¿Qué es lo que hace Diana?

—Los padres de Diana se han ido con ella y sus hermanos a pasar las Navidades en París. Todos los años hacen cosas geniales, ellos solos, ¿por qué podemos hacer nosotros lo mismo? Estoy harta de hacer todos los años lo mismo.

—Diana era mi mejor amiga —explicó la Maddy adulta a Kai, que observaba la escena en silencio, con un brazo alrededor de su cintura.

—Maddy, debes entender que es muy importante que estas fechas las

pasemos juntos.

—Pero, papá, pasamos muchas fechas juntos. Y los primos siempre me están chinchando.

—Sé que es difícil de entender para ti, Maddy, pero cuando seas mayor comprenderás que es muy importante que aprovechemos cada mínima excusa para estar juntos y compartir, sobre todo en Navidad.

Maddy se abrazó con más fuerza a Kai y se aguantó las lágrimas. Con doce años no lo entendía, pero ahora, siendo testigo de aquella escena del pasado, sabía a qué se refería exactamente su padre: su niñez no sería eterna. Las sillas iban quedándose vacías, las vidas cambiaban y los días dichosos pasaban. Y algún día ellos no estarían, y ella se arrepentiría de cada instante que no aprovechó a su lado.

«Pero aún tengo familia... y he desaprovechado tantos años», pensó con cierta culpa, apretándose contra Kai. El elfo bajó la guardia y le acarició el pelo con un gesto consolador que le supo más dulce que la miel.

La niña suspiró y bajó los hombros con un gesto dramático, abatida.

Recordaba perfectamente que no lo comprendió, que se sentía celosa de Diana y sus viajes, y que no quería ver a sus primos porque eran unos pesados. Todo se le antojaba absurdo ahora. Ojalá pudiera escucharla desde el pasado, entonces le diría que no fuera idiota y que disfrutase cuanto pudiera de su familia.

—¿Sabes? —Su padre la tomó con suavidad por la barbilla y la hizo levantar la mirada—. Cuando seas mayor y estés estudiando en la universidad, las primeras navidades iremos a pasar la Navidad. Iremos a Nueva York contigo, visitaremos el Rockefeller Center y patinaremos en Lasker Rink. ¿Me prometes que nos reservarás ese año para nosotros?

La niña apretó los labios y compuso un puchero infantil. Ya iba a entrar en la adolescencia y comenzaba a tener esos comportamientos caprichosos y rebeldes típicos de la edad, pero aún era una cría. Quería hacer cosas de mayores, viajar e imitar a su mejor amiga, que parecía vivir años por delante de ella, y no era consciente de todo lo que tenía y de cómo la niñez se iba acabando, lenta, pero inexorablemente.

«Qué tonta era».

—Vale, papá. Te lo prometo —dijo entonces.

—Sé que a partir de entonces, cuando cumplas tu sueño de estudiar allí, tu

vida será muy diferente y no siempre querrás pasar tiempo con nosotros, pero deja que hasta que eso suceda podamos disfrutar de ti y de la familia. Y además, siempre lo pasamos bien, ¿verdad?

Maddy asintió. Su padre siempre conseguía convencerla. Quería viajar, alejarse de sus primos y de los eventos familiares, pero en el fondo también disfrutaba de ellos, de la felicidad de sus padres, del calor que todos le brindaban a pesar de las rencillas o las cosas que hubieran pasado durante el año. Y lo que menos deseaba en el mundo era desilusionar a su padre.

—Sí, tienes razón. Y me gustan mucho los dulces de tía Samantha. Y todo lo que cocináis —concedió al fin la niña, sonriendo con sinceridad.

—Pues venga, baja con nosotros y ayúdanos con el banquete, no rompamos la tradición.

La imagen se emborronó. La niña y el padre se levantaron, y los vio como si fueran sombras alejándose, diluyéndose en el resplandor que se colaba a través de la puerta. Volvió a sentir el vacío en el pecho, aquel agujero que le impedía avanzar en la vida seguía allí, y se preguntó por qué le había dejado ganar tanto terreno.

—Kai..., quiero volver a casa —dijo con la voz ahogada. Pero ya estaba en casa.

El elfo la abrazaba, comprensivo, y le limpió las lágrimas de las mejillas con los dedos, mirándola con preocupación. Se había echado a llorar y ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Has recuperado ya el espíritu navideño? —preguntó en voz baja.

Maddy sentía un deseo cada vez más fuerte de llamar a Samantha, de recuperar sus lazos, de volver a llenar ese hueco que había crecido tanto, pero tenía miedo. Miedo a que estuvieran enfadados, a que la odiaran, y miedo a que acabase doliéndole más. No quería enfrentarse a eso ahora, ni a su propio anhelo.

Sentía que ese espíritu del que hablaba el elfo crecía dentro de ella, como ese calor acogedor y ansioso que había sentido al despertar aquella mañana. Podía decirle la verdad, y entonces él se marcharía, pero no estaba segura de poder mantener aquel sentimiento creciente si se alejaba.

—No. He sentido que algo se removía en mi pecho —se sinceró un poco, sintiéndose fatal al mentirle—, pero no es suficiente. Tal vez... con un par de viajes más...

—Eso es bueno. Estamos avanzando —respondió el elfo, apartándose de ella con suavidad. Al principio había estado algo distante y silencioso, pero ahora la miraba con ternura y preocupación—. Mañana volveré, entonces.

Kai rezó para sus adentros para que ella no le detuviera, pero ningún dios le escuchó.

—No te vayas —Maddy se abrazó más a él cuando hizo el intento de separarse.

Y a él le costaba la vida hacerlo. No solo era por el deseo que palpitaba debajo de su piel con la cercanía de aquella mujer mortal, realmente le preocupaba dejarla sola. Y él tampoco quería estar solo. La idea de regresar a su casa, con la única compañía de Bernie, le resultó descorazonadora, y el calor de Maddy demasiado tentador.

—Tengo que... —comenzó a excusarse, pero entonces notó los labios de la chica en su mentón. La caricia cálida le provocó un escalofrío e hizo que su corazón se saltara un latido.

—Por favor, Kai... Por favor —susurró ella, bajando por su cuello—. No quiero estar sola esta noche.

—Esto no está bien, Maddy. Tú y yo no...

Los suaves dedos de ella se posaron en sus labios y le hicieron callar. El calor se acumulaba en su vientre, lo sintió descender, provocarle escalofríos y endurecer la carne entre sus piernas. Los labios de Maddy le despertaban sensaciones como nunca antes había sentido: carnales, terrenales..., humanas, al fin y al cabo.

Las excusas se diluyeron en su mente, y la voz suave y tentadora de Maddy las acabó de desintegrar.

—Kai, quiero que me hagas el amor. Es lo que necesito... —Kai echó la cabeza hacia atrás, estremecido, y hundió los dedos en su pelo cuando Maddy deslizó una caricia sobre su entrepierna—. Y tú lo estás deseando tanto como yo.

Y era verdad. Su propio cuerpo le delataba. Su sexo se encontraba duro y atrapado en sus pantalones, y latió ante el contacto de los dedos de ella sobre sus vaqueros.

Sintió como si una extraña fiebre se apoderase de él. El calor le picaba en la piel, incluso su visión se emborronó, y una sed intensa se cerró en su garganta como un cepo. No pudo resistirlo más, volvió a hacerlo: la tomó por

el mentón y la besó con pasión. Hundió la lengua entre los labios jugosos y saboreó su boca a conciencia, enredándose con ella, que le reclamaba con un hambre sin tapujos.

No sabía lo que hacía, pero tampoco le importó. Sabía que jamás sería capaz de hacerle daño, y que aquello que sentía no podía ser malo. Era intenso y abrasador, y les arrastraba a los dos hacia un mundo donde solo existían ellos y se entregaban el uno al otro. Sus manos actuaban solas, recorriendo la espalda esbelta de la mujer, bajaron hasta sus nalgas redondeadas y las agarraron con un gesto firme. Su beso se volvió más profundo cuando la levantó con un impulso y Maddy enredó las piernas en su cintura, amarrándose a su cuerpo mientras la subía a la mesa del comedor y la sentaba allí.

Maddy sacudió la melena al romper el beso y le miró con una expresión salvaje. De pronto se sentía más viva que nunca, más ansiosa de emociones y vivencias de lo que había estado en muchos años. Si eso era el espíritu navideño, si tenía remotamente que ver con él, sin duda Kai lo había despertado, y a Maddy se le ocurrían pocas cosas más navideñas que acostarse con un elfo de Santa Claus.

Si se hubiera detenido mínimamente a pensarlo, no le habría encontrado ningún sentido, pero lo que estaba ocurriendo era muy real. Kai la miraba con los ojos turbios de deseo, la melena rubia le caía por delante de la cara y la luz del techo creaba un extraño halo a su alrededor. Parecía de otro mundo, era de otro mundo; una criatura mágica que olía a bosques y a nieve, a tierra, y también a dulces, y era lo más hermoso que Maddy hubiera visto nunca. Le arrancó la estúpida camiseta negra que llevaba y recorrió su torso bien formado, hundiendo las yemas de los dedos entre los surcos de sus músculos.

«¿Es que tienen gimnasios allí en el Polo Norte, o qué?», se sorprendió al descubrir las formas torneadas y duras de sus abdominales y sus pectorales.

Kai le abrió el camisón, tirando de los cordones que lo mantenían cerrados. Sus gestos parecían contenidos, como si temiera dañarla si se dejaba llevar por la pasión. Maddy le agarró del pelo y le besó con más fuerza.

—No soy de papel, Kai... —susurró en sus labios—. Arráncame la ropa y házmelo sobre la mesa.

Kai casi volvió a atragantarse. Su miembro se endureció con más fuerza, pulsando contra la tela de los pantalones. Nunca había estado con nadie así. Los humanos eran muy pasionales, mucho más arrebatados e impulsivos que

los elfos, que vivían tanto tiempo que nunca tenían prisa por nada. Ellos se tomaban la vida de otra manera, pero Maddy tenía fuego en la mirada y en la piel, y aunque él tuviese todo el tiempo del mundo, sentía que debía atraparla, que debía aprovechar aquel soplo de auténtica vida y beber de él. Sintió el pulso acuciante de la inmediatez, del hambre por lo efímero, y supo que aquel instante, tal vez, no volvería a repetirse, y aquello lo convertía en algo único y precioso que debía atesorar.

Animado por ese pensamiento, Kai obedeció. Terminó de quitarle el camisón a tirones y le abrió el sujetador, arrancándoselo de un tirón firme que hizo que Maddy sonriera con malicia. Sus pechos parecían hechos de la medida exacta para sus manos. Firmes, señalaban hacia el techo con los pezones rosados y endurecidos, y estaban salpicados de suaves pecas sobre la piel lechosa. Sintió deseos de llenarse la boca con ellos, imaginando que sabrían a melocotón.

El corazón se le aceleró más. El deseo amenazaba con volverle loco. Aunque sospechaba que eso ya había ocurrido, y que aquella mujer tenía algo que le hacía ir en contra de su misma naturaleza. Volvieron a besarse apasionadamente. Kai cerró las manos en los senos de Maddy y los masajeó, disfrutando de su calor y el tacto voluptuoso. Cuando sintió los dedos de ella deslizarse dentro de sus pantalones y rodear su sexo, creyó que iba a derretirse en aquel calor abrasador.

Sin querer, soltó un gemido, que escapó entre sus bocas húmedas y enrojecidas por los besos y la excitación. Las caricias de Maddy, primero lentas y largas, apretadas, se volvieron más rápidas, y tuvo que apoyar una mano en la mesa y tomar aire para mantener la situación bajo control. Agitó la melena y soltó un resuello, y fijó la mirada en ella. Maddy le miraba desafiante y llena de deseo, sus labios brillaban húmedos de deseo, y parecía más que decidida a llegar hasta el final.

Kai le arrancó el tanga y cerró las manos en su trasero. Maddy se apretó contra su cuerpo, aún con la mano perdida en el interior de sus pantalones. El simple contacto con su sexo la excitaba, lo sentía grande, duro y caliente entre sus dedos y solo imaginar lo que sería tenerle dentro le provocaba escalofríos de placer. Con un gesto acuciante, le abrió los pantalones y se los bajó de un tirón, empujándole con los pies en el trasero para acicatearle. El elfo hundió los dedos en su melena y volvió a asaltar su boca. La saliva de Kai era dulce, sabía a bayas y a caramelos, a miel y a mazapanes, y cuanto más le besaba,

más golosa y hambrienta se sentía.

—No puedo más...—susurró ella en su oído, suplicante, y luego lamió el borde de su oreja hasta la punta afilada—. Házmelo ya, Kai.

Se sentía valiente y lujuriosa, y todas las sombras que pesaban en su corazón se habían esfumado. Pensaba exprimir esa noche y todas las que el elfo volviera hasta que la amargura ya no regresase.

El elfo no respondió, seguía intentando controlar la respiración, ahogando los gemidos. Pero sí obedeció. La agarró bien por las nalgas y empujó con las caderas contra ella, mientras Maddy le guiaba con una mano, y entonces sintió el contacto húmedo y ardiente, la sensación de desliz que le empujó al interior cálido y apretado de ella. Se enterró en su sexo con una estocada profunda, y sintió que el aire se esfumaba de sus pulmones cuando el placer le recorrió de arriba abajo.

Maddy gimió, su voz sonó más dulce que la música y que el susurro del viento invernal, y Kai simplemente se dejó llevar por esa canción. Se retiró y se hundió de nuevo en ella, con embestidas rítmicas, cada vez más rápidas, agarrándola como si fuera a escaparse, acariciando su cuerpo con una posesividad que jamás había sentido con ninguna otra cosa. Ella se apretaba contra él y se contoneaba, arqueaba la espalda y hacía rotar sus caderas, llevándole profundo, arrastrándole al desenfreno.

La mesa traqueteaba sobre el suelo de madera con cada golpe de sus caderas, y Maddy se dejó caer hacia atrás sobre la mesa. El elfo se cernió sobre ella, sin dejar de hundirse en su cuerpo, y tomó sus pechos con ambas manos, los lamió y los mordió con suavidad, y hundió la nariz entre ambos para respirar el aroma de su piel, cálido, a violetas, con el perfume extraño y salvaje del deseo. Maddy olía a vida, a hambre y pasión.

Los gemidos de ella se elevaron. Kai intensificó el ritmo con el que la tomaba, sintiendo que se deshacía bajo su cuerpo y le apretaba con más fuerza entre sus piernas abiertas. La mujer se arqueó, sus pechos expuestos rebotando con cada movimiento, y el clímax estalló en ella. Lo sintió pulsar alrededor de su sexo, cuando ella se agarró a él con fuerza y le besó desesperadamente, gimiendo en su boca, devorando sus jadeos y sus propios gemidos.

Y entonces cayó sobre él sin avisar. Como un rayo. Como un alud. El fuego le nubló la visión, el placer estalló como una llamarada, y se sintió derramarse en el interior de ella, en una oleada potente y abundante que hizo que se

marease.

Temblorosos, cubiertos de sudor, ambos cayeron sobre la mesa, él sobre el cuerpo de Maddy, besándola torpemente mientras los espasmos del orgasmo aún le azotaban.

—Kai... eres maravilloso —susurró ella entre jadeos, abrazándole y acariciándole el pelo—. Tal vez... Tal vez sí recupere el espíritu navideño, si me llevas a mi cama.

Kai, aún mareado, alcanzó su boca y la hizo callar con un beso lento y delicioso.

Capítulo 5

En el entorno familiar de su hogar, frente a la chimenea de piedra que desprendía el calor del fuego que crepitaba en su interior, y ante los somnolientos ojos de Bernie, su san bernardo, Kai se llevó la mano al estómago, sorprendido.

En su interior todavía revoloteaban las mariposas. Era un aleteo plácido y agradable, pero que hacía que se sintiera extrañamente inquieto. Durante un segundo, pensó que quizá se había contagiado de alguna extraña enfermedad humana, pero se dio cuenta enseguida de que el revoloteo (junto a un aumento considerable de su miembro viril) solo se producía cuando pensaba en Maddy. En sus labios plenos y dulces; en su pelo rizado, alborotado sobre las sábanas; en el brillo de sus ojos color miel. En los pechos plenos coronados por los pezones erectos, la piel erizada por la pasión, los gemidos guturales, las caricias ardientes y los besos desesperados.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó, no por primera vez.

Se había marchado de la cama de Maddy con reticencia, sabiendo que debía irse ya pero deseando poder quedarse junto a ella mientras dormía y abrazarla contra el pecho. Para siempre, a ser posible. ¿Por qué esa necesidad de estar junto a ella?

«Si Santa se entera de lo que he hecho...».

No sabía cómo podía reaccionar Santa Claus. ¡Por Dios, se había acostado con la mujer que era su misión! ¡Encima de una mesa! ¡Como si fuese un animal en celo!

«Tengo que hablar con Blurf sobre esto. Necesito ayuda».

Blurf, un gnomo algo gruñón y más aficionado al vino dulce de lo que era sano, era su mejor amigo y confidente. Trabajaba como encargado en la sección de trenes de madera de la fábrica de juguetes, y todos sus subordinados estaban un poco hasta el moño de él y su insaciable necesidad de perfección. Pero también era un gnomo muy inteligente, leído, culto y viajado, que volvía locas a las gnomas con su sonrisa descarada.

Lo llamaría por teléfono y quedaría con él en la taberna. Eran las cuatro de la madrugada, pero los gnomos, como los elfos, no necesitaban dormir mucho para mantenerse descansados, y el bar estaba abierto las veinticuatro horas del

día.

Aunque antes iba a darse una ducha. Olía a sudor, a sexo y a Maddy, y el gnomo tenía el olfato muy fino. No supo por qué, pero la idea de que precisamente Blurf, que era un ligón consumado y reincidente, disfrutara del aroma especial de Maddy, lo hacía sentir extrañamente celoso.

Se quitó la ropa y se metió bajo el agua caliente. Cerró los ojos y a su mente llegó, como una exhalación, la imagen de Maddy desnuda, bajo él, ofreciéndole los pechos para que los tomara con la boca mientras hacían el amor.

«Oh, no, mierda, joder».

Su polla se hinchó y palpitó, poniéndose dura y rígida como uno de los troncos que crepitaban en la chimenea del salón. Consumida por un fuego distinto pero igualmente poderoso y avasallador.

«Esto no es sano. Ni normal. ¡Soy un elfo, por favor! Y los elfos somos fríos, metódicos, lánguidos, y no nos dejamos llevar por las pasiones. ¡Eso es cosa de humanos!».

Enfadado consigo mismo y con la reacción de su cuerpo, giró la llave del grifo y permaneció debajo de la ducha mientras el agua casi helada sacudía su piel. Salió tiritando y maldiciendo a Maddy. Era culpa suya. Dos veces seguidas en tres días se había visto obligado a castigarse con el agua helada en lugar de disfrutar de una relajante y cálida ducha con el agua caliente. Primero por culpa del spray de pimienta que había rociado en sus ojos; ahora, por su polla hinchada y los testículos doloridos.

Maldita fuese.

Una hora después estaba sentado en uno de los bancos de madera de la taberna. Miró a su alrededor y agradeció la calidez de la madera, el olor a vino rancio que flotaba en el aire, las risas de los presentes, el ruido de las jarras al entrec chocar en los brindis, el resplandor del fuego en las dos chimeneas, y la música que sonaba en un jukebox; era un aparato anacrónico en ese escenario tan rural y medieval, pero volvía locos a todos los habitantes del pueblo.

La voz rota y desgastada de LP sonaba en la máquina, cantando *Lost on you*, mientras unas cuantas parejas bailaban. Kai se agarró a la jarra de

cerveza y dio un buen trago, preguntándose por qué tenían que ser tan grandes, de medio litro, y por qué tenía la garganta tan seca.

Tenía que descubrir qué le pasaba, por qué sentía esa necesidad apremiante y desesperada de estar junto a Maddy, de tocarla, acariciarla, besarla y hacerle el amor. Por qué, cuando cerraba los ojos, solo podía verla a ella. Por qué su aroma a violetas estaba impregnado en el interior de su nariz y no podía sacarlo de allí. Por qué era su risa la que tenía metida en los oídos.

Blurf llegó cuando Kai iba ya por la tercera jarra. No era un elfo bebedor, y tres jarras eran ya demasiado para él, aunque su corpulencia pudiera indicar lo contrario.

Cuando el gnomo se sentó delante de él le dirigió una sonrisa bobalicona.

—¿Estás pedo? —le preguntó el gnomo, sorprendido. Era, quizá, la primera vez que veía a su amigo en ese estado.

—Mmmm. —Kai entrecerró los ojos como si la respuesta a aquella pregunta fuese muy difícil—. Creo que sí —dijo finalmente.

—Pues se acabaron las cervezas para ti —dijo Blurf con autoridad, y le quitó de las manos la jarra que la tabernera, una gnoma de pelo rojo como el fuego y caderas generosas, acababa de servirle. Le dirigió una de sus sonrisas seductoras y le guiñó un ojo, y la chica se fue de allí con las mejillas enrojecidas y dejando ir una risita tímida.

—¡Eh! —protestó Kai, alargando el brazo para recuperar su jarra—. ¡Eso es mío!

—Ya no. —Blurf dio un trago ante la mirada atónita de Kai, y después dejó ir un chasquido de satisfacción—. Qué bien sienta esto después de una noche de pasión con una hembra fogosa.

—Dímelo a mí —murmuró Kai con tristeza.

—¿Eh? —El gnomo lo miró como si le hubieran salido tres cabezas, y una de ellas escupiera fuego—. ¿Qué es lo que has dicho? Espera, no, no me lo digas. No sé si quiero saberlo —rectificó, pero Kai no le hizo ningún caso.

—Que yo también he tenido una noche loca —siguió el elfo—. Me he acostado... —miró a ambos lados para asegurarse de que nadie lo oía, se inclinó hacia adelante, y susurró—, con una humana. Pero no con una humana cualquiera, no. Ha sido con la humana a la que Santa me encargó que hiciera recuperar el espíritu navideño. ¿Te lo puedes creer? ¿Yo? ¿Perdiendo los papeles por culpa del sexo? —dijo esta última palabra como si fuese algo

asqueroso, haciendo una mueca con los labios y los ojos achicados.

Blurf estuvo a punto de echarse a reír. Ver a su amigo borracho y preocupado porque acababa de follar con una humana, era, cuanto menos, cómico. Pero hizo el esfuerzo, porque supo que sus carcajadas no serían bien recibidas.

—Bueno, has tenido una noche de sexo. Una pequeña piedra en tu camino. Si Santa no se entera, y yo no voy a decírselo, no pasará nada. Olvídalo y a otra cosa.

—No lo entiendes —gruñó Kai, apretando los puños con fuerza—. Quiero repetir.

—Ah. Eso sí es un problema. ¿Con la misma humana, o te valdría cualquier otra?

—¿Cualquier otra? ¿Estás loco? Quiero repetir con ella, con Maddy. Mi Maddy. —La mirada de Kai se dulcificó, y sus labios se curvaron en una sonrisa bobalicona—. Es tan bonita, y buena persona. Tiene un corazón así de grande. —Se puso serio, y miró hacia la jarra que Blurf mantenía alejada de él—. Pero está muy sola, y muy triste, ¿sabes? Y siento la necesidad de curar todas sus heridas.

—¿Es que se ha caído o algo?

—¡No, idiota! Me refiero a las heridas de su corazón. Odia la Navidad porque sus padres murieron en estas fechas, y se ha alejado del resto de su familia, aunque ni siquiera ella sabe por qué.

—Ay. Dios. Mío. —El gnomo se echó hacia atrás y lo miró con intensidad—. Te has... No, no voy a decirlo en voz alta. Mira, vete a ver a Santa, confiesa lo que ha pasado, y que envíe a otro a cumplir esa misión. Tío, no vuelvas a acercarte a esa Maddy. Tu vida está en juego.

—¡No digas tonterías! ¡No puedo hacer eso! Además, ya lo intenté, y Santa me dijo que si renunciaba a esta misión, ahí se acababan mis esperanzas de que me tuviera en cuenta para ser su sucesor. ¿Sabes cuántas veces he soñado con convertirme en Santa? Quiero hacer feliz a la gente. ¡La sonrisa de un niño cuando abre un regalo, es... un regalo para el alma! Y hay muchas personas en este mundo que necesitan ayuda. ¡Y yo puedo hacerlo! ¡Sé que sería un gran Santa Claus!

Blurf sacudió la cabeza, preocupado por su amigo. Se rascó una de sus enormes y puntiagudas orejas y se quitó la gorra gatsby que le cubría la

cabeza, dejando ver una mata de pelo negro y brillante como el cielo estrellado.

—Estás en un gran lío, chico —murmuró, apenado por su amigo.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que me ocurre?

—A ver, cuéntame qué sientes cuando piensas en ella.

—Siento... que el mundo es mejor, más bonito, porque ella está ahí. Que quiero protegerla, y abrazarla. Hacerle el amor durante horas, y después, dormir abrazado a ella. Quiero hacerla reír, que sus ojos se iluminen con alegría. Quiero que sea feliz.

—Ay, madre. —Blurf se llevó las manos a las sienes y frotó con saña. Esto era mucho peor de lo que había imaginado—. Tío, te has enamorado. Flechazo total. Si Cupido existiera, diría que te ha hecho la gran putada.

—¿Enamorado? —se extrañó Kai—. No puede ser. Bueno, los elfos no solemos enamorarnos. Sabemos lo que es el amor, y lo sentimos, pero es un sentimiento mucho más... etéreo y dirigido a todos los seres vivientes del mundo. No sentimos ningún «amor especial» por nadie en concreto. Bueno —se apresuró a explicar—, a ti sí te quiero de forma especial, eres mi amigo, y la amistad trae eso, ¿no? Sentir algo especial por otra persona. Pero de ahí a estar enamorado... No, tienes que estar equivocado —sentenció, negándose a seguir escuchando—. Debo haber pillado un virus o algo. Seguro que es eso. Me meteré en la cama y dormiré unas cuantas horas. Esta noche, cuando vuelva a ver a Maddy, todo habrá vuelto a la normalidad. Además, estoy convencido de que ella estará arrepentida de lo que ha ocurrido, así que no tengo nada que temer. Gracias, —le dijo al gnomo mientras se levantaba de la mesa dispuesto a marcharse—. Sabía que, si hablaba contigo de eso, acabaría viendo las cosas más claras. Gracias. Eres un buen amigo.

Blurf sacudió la cabeza, pesaroso, mientras lo veía caminar inseguro, tropezando con sus propios pies a causa de la borrachera que todavía llevaba encima. ¿Ver las cosas más claras? Pobre Kai. Las veía peor que nunca.

Durmió hasta más allá del mediodía, y hubiera seguido en la cama hasta más tarde si no se hubiera presentado en su casa un mensajero de Santa para informarle de que este quería verlo inmediatamente.

Se vistió de prisa y corriendo, preguntándose qué querría el viejo. ¿Y si se

había enterado de lo que había pasado la noche anterior? No sería extraño, al fin y al cabo, era Santa Claus.

De repente, ante él vio un futuro muy negro. Le arrebatarían la magia. Lo expulsarían del Polo Norte. Lo apartarían de sus amigos y su familia. Le quitarían su hogar. Sus sueños se harían añicos. Se convertiría en un paria, un expulsado, un exiliado. Perdería sus privilegios y acabaría en el mundo de los mortales, viviendo en la calle, como un vagabundo desarraigado.

«En el mundo de los mortales, donde vive Maddy».

Sí, y si se convertía en mortal él también, podría visitarla, invitarla a salir, tener una cita. Y sexo. Todo el que quisieran.

Aquella idea lo consoló, aunque no supo bien por qué. ¿Qué narices tenía aquella mujer? ¿Por qué el hecho de imaginar poder verla y estar con ella siempre que le apeteciera lo tranquilizaba y convertía una situación terrible y desastrosa en algo bueno?

¿Tendría razón Blurf? ¿Se habría enamorado?

Bueno, él pensaba que no. De todas formas, no es que Kai supiese mucho sobre el amor carnal. No es que los elfos que trabajaban para Santa Claus fuesen asexuales, o no tuviesen deseos de esta índole. Durante la adolescencia eran un saco de hormonas en ebullición y estaban muy activos sexualmente; pero para Kai nunca hubo ningún lazo emocional que lo ligara a alguien en concreto. Solo necesidad y satisfacción mutua y, después, cada uno a su casa, sin más complicación.

Y ya de adultos era simplemente que, como siempre estaban hasta arriba de trabajo, no solían pensar en ello.

O, por lo menos, él no solía pensar en ello. Su sueño de convertirse en el sucesor de Santa lo había absorbido completamente, y en su mente no había sitio para nada más.

Hasta que conoció a Maddy.

«¿Qué demonios voy a hacer?».

La razón le dio la respuesta: si Santa se había enterado, suplicaría el perdón y esperaría que fuese benevolente. Si decidía que no era adecuado para sustituirlo pero no lo exiliaba, lo aceptaría y seguiría con su trabajo en el Polo Norte, procurando hacerlo lo mejor posible.

Pero nada de eso ocurrió.

Santa Claus lo recibió en su despacho, sentado detrás de un montón de cartas, y alzó la vista cuando lo vio entrar. Iba en chándal, se había recogido la abundante melena blanquecina en una coleta alta, y se había trenzado la barba, como sus antepasados vikingos.

—¿Qué tal va todo con la señorita Maddy Hart?

—Eh, uh, pues..., bien, sí, creo que va bien.

—Espero que comprendas que es muy importante que recupere su espíritu navideño. Esa muchacha ha sufrido mucho en esta vida, y el camino que lleva no es bueno para ella.

—Sí, lo comprendo. —«Supongo», pensó, pero no lo dijo en voz alta—. Estoy completamente volcado en esta misión.

—Bien, bien, eso es bueno, muchacho. Y, dime, ¿qué te parece ella?

Kai se tensó. ¿Que qué le parecía Maddy? ¿Qué le parecía en qué? ¿A qué se refería? Rezó para no ponerse colorado cuando a su mente acudió lo que ella le parecía: una mujer increíblemente sexy que lo volvía loco. Pero claro, eso no podía decírselo a Santa.

—Pues, una chica con un gran corazón. Creo que, en realidad, está deseando poder volver a sentir la magia de la Navidad, pero tiene miedo de permitírselo.

—Sí, claro. Fue una verdadera desgracia que sus padres murieran precisamente en estas fechas. Eso la marcó negativamente, y si no ponemos remedio, cuando los años pasen, será mucho peor. Y eso será una verdadera lástima, ¿no crees? Se merece ser feliz, y no vivir una vida llena de amargura.

—Por supuesto, Santa.

—Bien. Espero que sepas cuánto agradezco el esfuerzo que estás haciendo con ella —añadió, dirigiéndole una sonrisa extraña, como si él supiera algo que Kai no. Kai parpadeó y le devolvió una sonrisa dubitativa sin saber qué decir—. Será mejor que te vayas ahora. Yo tengo mucho trabajo pendiente, y tú has de prepararte. Esta noche va a ser muy especial para Maddy.

Kai salió de allí completamente confuso y sin saber qué esperar aquella noche.

Si había una fiesta de Navidad que fuese un auténtico coñazo, era la que celebraban en Humper & Spencer, y era la única a la que Maddy no podía

negarse ir.

Humper & Spencer era donde trabajaba: una oficina con cincuenta trabajadores que se dedicaban a llevar la contabilidad de pequeñas empresas y negocios familiares, gestionaban sus declaraciones de la renta y los impuestos que debían pagar.

Maddy era contable allí y el trabajo le gustaba. Los números nunca mentían, ni fallaban, ni la dejaban tirada. Eran confiables. Dos más dos siempre sumaban cuatro, y eso era algo que la reconfortaba. Con ellos no había sorpresas, ni disgustos, ni lamentaciones.

Bueno, las lamentaciones solían proferirlas los clientes, y esa era la parte que menos le gustaba de su trabajo, pero era un pequeño precio a pagar con tal de tener tranquilidad.

Sus compañeros de trabajo parecían pasárselo bien. La música sonaba, corría el alcohol y el champán, algunos reían, otros bromeaban, y alguno ya iba un poco borracho. Un par de parejas habían desaparecido, seguramente buscando la oscuridad y la intimidad de los despachos vacíos. Los regalos del amigo invisible estaban apilados en la mesita, esperando a que fuesen las doce de la noche para que todos los presentes se abalanzaran sobre ellos para abrirlos.

Todo el mundo hablaba, reía, y se sentía feliz.

Menos ella.

Maddy estaba en un rincón, sentada en una silla incómoda, masticando uno de los infumables sandwiches que servían mientras pensaba en la conversación que había tenido por la mañana con Helen.

Se la había encontrado en el ascensor, cuando ambas se iban a trabajar. Durante un segundo Maddy tuvo ganas de buscar una excusa para no bajar con ella (uy, se me ha olvidado ponerme las bragas), pero al final no lo hizo.

—¿Estás más tranquila? —le preguntó su amiga, mientras las puertas del ascensor se cerraban.

—¿Eh? Sí, sí, claro —contestó ella.

—La otra noche me asustaste de verdad, ¿sabes? Por un momento pensé que te habías vuelto loca.

—Olvídalo. Tenías razón. Fue cosa de mis nervios.

Maddy le sonrió y su amiga la miró, dudando de si decía la verdad.

—Ese tío raro, ¿has vuelto a verlo?

—No, para nada. Te hice caso y cada noche me tomo una pastillita antes de acostarme. Hacen milagros. Me duermo en un santiamén y no tengo visitas inesperadas.

—Ay —suspiró Helen—. No sabes qué peso me quitas de encima.

La conversación se quedó así, con una Helen aliviada y ella sintiéndose culpable por mentirle pero, ¿cómo iba a decirle que el extraño no solo había vuelto, sino que habían hecho el amor? Seguro que la obligaría a ir al psiquiatra, y no tenía las finanzas para gastarse el sueldo en loqueros.

Miró el reloj de la pared. Las diez y media. Hora de irse.

Se había pasado el día echando de menos a Kai. Pensando en él. Soñando con él. Suspirando por él. El recuerdo de lo que habían hecho la había acompañado durante todas las horas, sin excepción.

Por primera vez en su vida, refugiarse en el trabajo no le había servido de nada. Los únicos números en los que tenía interés eran los del reloj, que parecía avanzar tan despacio que tenía la impresión de que no llegaría nunca la hora de marcharse.

Y, cuando por fin pensó que podría irse, sus compañeros le recordaron que aquella noche se celebraba la fiesta de Navidad y que, ¡por Dios! no podía faltar.

Intentó escabullirse poniendo mil excusas, pero el señor Spencer llegó entonces, y le dijo que esperaba verla aquella noche, que tenía algo importante que decirle y que el mejor lugar era en la fiesta.

Maddy suspiró. Llevaba allí tres horas y el señor Spencer ni siquiera había aparecido, así que decidió que era hora de marcharse. A aquella hora no le hacía ninguna gracia ir en metro, así que se vería obligada a coger un taxi. Con el tráfico, por lo menos tardaría una hora en llegar a casa.

Quería estar allí antes de que Kai apareciera. Se había pasado el día y la noche pensando en él, y por nada del mundo quería llegar tarde a su cita.

Bueno, no era una cita en sí, pero él le había prometido que volvería al día siguiente. Y no había nada que deseara más.

Sonrió, decidida. No esperaría más a que llegara su jefe. Que le dieran morcillas. Si tan importante era lo que tenía que decirle, que lo hubiera hecho antes, en horas de trabajo, en lugar de esperar a la fiesta.

Dejó sobre la mesa el vaso de ponche y el sandwich mordisqueado, cogió su abrigo y su bolso, y ya se disponía a marcharse cuando el señor Spencer cruzó la puerta.

«Vaya por Dios».

—¡Señorita Hart! Me alegro de que no se haya marchado —la saludó.

Su jefe era un hombre bajito, con el pelo blanco perfectamente cortado, y que vestía un impecable traje negro. A veces, cuando lo miraba, tenía la impresión de que se había equivocado de trabajo, porque estaba segura de que sería perfecto para regentar una funeraria.

—Me iba ya, señor Spencer. Se ha hecho muy tarde.

—Sí, sí, y lo siento, créame. Venga conmigo un momento, hablaremos en mi despacho.

Maddy suspiró. En cualquier otro momento asentiría, lo seguiría, y escucharía lo que fuese que tuviera que decirle. Pero en aquel momento, no. Quería salir de allí, volar a su casa y encontrarse con Kai.

—Lo siento, de veras, señor Spencer, pero...

—Vaya. —El señor Spencer la miró con disgusto. No estaba acostumbrado a que su mejor empleada le pusiera trabas—. Está bien, veo que tiene prisa. Se lo diré aquí mismo. Señorita Hart, mi socio y yo estamos muy contentos con su trabajo. Es impecable, sin errores. La consideramos una gran profesional, y por eso hemos decidido concederle un ascenso. El señor Macis va a jubilarse dentro de unos meses, y usted se encargará de sus clientes.

Maddy abrió la boca de asombro. El señor Macis se encargaba de los clientes más importantes que tenía Humper & Spencer.

—Oh, vaya, señor Spencer, es... todo un honor que hayan pensado en mí para sustituirle.

—Bueno, es la mejor, y se lo merece. Por supuesto, eso significa un aumento considerable del sueldo, además de dietas, gratificaciones y otras ventajas. Le daré los detalles pasada la Navidad, pero, mientras tanto, ¿qué le parece si lo celebramos?

El señor Spencer chasqueó los dedos y uno de los camareros trajo dos copas de champán. Puso una en su mano y alzó la otra para brindar.

—Oh, bueno... —Maddy miró hacia la mano en la que tenía la copa y después, hacia el reloj. Ya eran casi las once. Maldita sea. No quería ser una

maleducada, pero tampoco quería llegar tarde a casa. Si llegaba pasadas las doce, ¿Kai vendría igual? O, si iba y ella no estaba, ¿la esperaría, o se marcharía? No quería averiguarlo. Quería estar allí cuando llegara, preparada para seducirlo otra vez—. Lo siento, pero no me encuentro muy bien, señor Spencer. Creo que me ha sentado mal algo que he bebido. Discúlpeme, se lo ruego. Me ha hecho muy feliz con la noticia, pero... —bajó la voz, como si fuese a contarle una confidencia súper secreta—, creo que, si me quedo mucho más, voy a acabar vomitando sobre la moqueta, y odiaría que tuviera que descontarme del sueldo lo que cueste limpiarla.

El señor Spencer se rió de la broma, y asintió, comprensivo.

—Vaya, vaya, señorita Hart. Hablaremos pasadas las fiestas.

Maddy sonrió y salió de allí.

Le pareció que el ascensor tardaba una eternidad en llegar abajo. Que el taxi que el recepcionista del edificio le había pedido, venía por lo menos de California, por lo que tardó. Que los coches se movían a paso de tortuga, y maldijo el bullicio de las Navidades, que hacía que la gente todavía estuviera circulando por la calle a esas horas intempestivas.

Todavía estaba en el taxi cuando dieron las doce. Se sintió como Cenicienta, pero al revés. Ella llegaba tarde. Quizá debía sentirse como el conejo de Alicia.

Sacudió la cabeza para quitarse esos pensamientos absurdos. El pie repiqueteaba sobre el suelo del vehículo y no podía parar de moverse. ¿Qué demonios pasaba? ¿Por qué el tráfico iba tan lento?

—Ha habido un accidente más adelante, señorita —dijo el taxista, al verla cada vez más nerviosa y apurada—. Tardaremos un rato.

—Vaya por Dios.

Miró alrededor y reconoció el lugar. Si bajaba allí mismo y caminaba a buen paso, tardaría quince minutos en llegar a su casa.

—Me bajo aquí.

—Muy bien, señorita.

Pagó y se bajó del taxi sin esperar el cambio. Cruzó la calle hasta llegar a la acera, y corrió, agarrando bien el bolso para no perderlo. Sorteó algunos transeúntes, bailó de impaciencia en el semáforo mientras esperaba que se pusiera verde, y entró en su edificio como una tromba.

Cuando llegó al apartamento, lo llamó.

—¿Kai?

Realmente confiaba en que él estuviera allí, esperándola.

—¿Kai? ¿Estás ahí? Ya he llegado.

Pero el apartamento estaba vacío. No había nadie esperándola. Nadie deseando verla, abrazarla, besarla.

De repente, se sintió más sola que nunca.

Durante todo el día, había deseado que llegara la noche para poder estar con él de nuevo.

Se quitó los zapatos y los tiró con furia contra la pared.

Durante todo el día, había soñado con reencontrarse con él.

Se dejó caer en el sofá y se quitó las malditas medias. Estaban rotas, y ni siquiera recordaba cómo se lo había hecho.

Durante todo el día, había contado los minutos, se había sentido nerviosa, exultante, ansiosa y optimista.

Feliz.

Se había sentido feliz con la idea de volver a verlo. Feliz como hacía años que no se sentía.

«¿Me habré enamorado de él?», se preguntó.

Podía ser. El amor a primera vista existía. Lo sabía a ciencia cierta. Sus padres se habían enamorado así. Se lo habían contado un millón de veces, y ella escuchaba con las mejillas arreboladas y soñando con vivir algo semejante.

¡Qué estúpida se sentía!

Porque Kai no podía ser para ella. Era imposible. En el mejor de los casos, era un elfo que trabajaba para Santa Claus y vivía en el Polo Norte. En el peor, era una invención de su mente y no existía en realidad.

Se sintió perdida, traicionada por su propio corazón.

Ocultó el rostro entre las manos y estalló en llanto. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y le temblaron los hombros a causa de los sollozos. El dolor era insoportable. ¡Hacía tantos años que la soledad se había instalado en su pecho y no la abandonaba! Una soledad que había terminado volviéndola loca, haciendo que su mente se trastocase hasta el punto de inventarse un amante

imaginario.

—¿Qué es lo que te pasa, cariño? —La voz temblorosa de Kai hizo que alzara el rostro surcado en llanto. Lo vio ahí de pie, a escasos metros de ella, mirándola con tristeza y preocupación. Dio dos pasos y se arrodilló ante ella para cogerle las manos y limpiarle las lágrimas con los dedos—. Dime que te ocurre. ¿Por qué lloras?

Maddy no contestó. Simplemente sonrió, le cogió el rostro con ambas manos, con mucha ternura, y acercó los labios a los suyos.

El beso supo a sal y a esperanza. ¿Qué importaba que él no existiera? ¿Que fuese una invención de su imaginación? Ahora estaba aquí, y podía sentir sus grandes manos acariciándole la espalda y el calor de su cuerpo pegado al suyo mientras la ayudaba a levantarse y la empujaba con suavidad hacia la cama.

—Te he echado de menos durante todo el día —susurró Maddy, enterrando las manos en la melena rubia del elfo mientras esparcía suaves besos por el mentón bien afeitado.

—Yo no he podido pensar en nada más que no fueses tú —contestó él, desabotonando la blusa para dejar al descubierto la piel cremosa de Maddy.

La prenda cayó al suelo, y le siguió el sujetador. Las grandes manos masculinas se apoderaron de los suaves pechos salpicados de pecas. Eran espléndidos. Ninguna escultura femenina creada por las manos de un maestro de antaño rozaba tanto la perfección como aquellos pechos que tenía en las manos.

Unos pechos que lo hicieron olvidarse de todo. De la misión que le había asignado Santa. De su determinación a no repetir lo de anoche. De su decisión de no dejarse llevar por la pasión.

De repente, el fuego ardió en su interior. Las suaves caricias ya no fueron suficiente. Los besos tiernos ya no fueron satisfactorios. La necesidad se abrió paso corriendo por sus venas como un río embravecido y su cuerpo entero estalló de pasión y de hambre, envolviéndolo en una lasciva urgencia que lo golpeó con fuerza.

Sin medida, le arrancó la falda y las bragas. Maddy gimió de sorpresa y necesidad, pero no se quedó atrás. Sonriendo, satisfecha de la reacción de él, tiró de la camiseta negra que llevaba estampado un Santa Claus punki con una guitarra eléctrica entre las manos para poder acariciar la dureza de los músculos, serpentear con la lengua sobre la piel, y clavar las yemas de los

dedos en los musculosos brazos.

—Me vuelves loco, Maddy —gimió él, sintiendo que la piel se le erizaba —, y no sé por qué.

Maddy levantó la pierna y la envolvió alrededor de la cintura masculina, frotando su sexo contra la dura polla escondida aún bajo los pantalones vaqueros, queriendo arrancárselos para dejarse caer de rodillas y engullirlo.

Lo quería todo, y él todavía llevaba demasiada ropa encima.

—Quítate los pantalones —le susurró.

Kai volvió a apoderarse de su boca con un beso hambriento, y no se apartó hasta que ella estuvo casi sin sentido, derretida entre sus brazos, húmeda entre las piernas, y con los dedos de los pies encogidos. Los pezones se le pusieron duros como el diamante y las manos se enredaron otra vez en la lustrosa melena rubia.

Kai la tocaba de manera audaz, sin titubeos, agarrando su culo para levantarla contra la erección dura como una piedra, moviendo los labios sobre los de ella, reclamándola. Su lengua hacía que las rodillas se le debilitaran y fuesen incapaces de sostenerla.

La dejó caer sobre la cama y ella rebotó sobre el mullido colchón. Los pechos se balancearon con el impulso y los ojos masculinos se quedaron fijos en ellos, brillando de lujuria. Se pasó la lengua por los labios y sonrió con picardía.

La cogió por los tobillos y tiró de ella, hasta que el culo quedó en el borde del colchón. Se arrodilló ante ella y se pasó piernas sobre los hombros.

Maddy sintió algo de vergüenza y apuro por la posición. Estaba completamente desnuda, y él tenía la cabeza entre sus piernas. Su coño, empapado por el deseo, estaba ante sus ojos sin ningún tipo de protección.

—Kai...

—Quiero probarte —murmuró él con determinación.

Separó los labios vaginales con delicadeza y se quedó absorto contemplando aquella belleza. Nunca había visto algo tan precioso, tan deseable, tan absolutamente embriagador. Su aliento cálido sobre aquella zona tan sensible consiguió que Maddy volviera a estremecerse.

—Hueles bien —musitó Kai con adoración—. A primavera y flores silvestres.

Lamió a lo largo del muslo, descendiendo hasta llegar a los labios de su coño. La atormentó con la lengua, caliente y devastadora, tentándola y prometiendo maravillas con sus gestos, silencios y gemidos.

Maddy se sacudió contra los labios masculinos. Dejó ir un gemido largo y gutural mientras las manos crispadas se aferraban a las sábanas. Kai la estaba lamiendo con golpes largos y acompasados, dándole lengüetadas como si estuviese degustando un delicioso helado en mitad del verano más caluroso. Ella se derretía por el placer que la abrasaba, incapaz de detener el aluvión de sensaciones que se precipitaban a través de su piel.

Kai fue implacable. Su lengua estaba en todos lados, explorando, zambulléndose, lamiendo y chupando. Le dio un pequeño mordisco en el muslo. La tentó con rápidas lengüetadas. La penetró con la lengua. Y cuando se apoderó del clítoris y chupó, Maddy dejó ir un grito ronco mientras curvaba la espalda y clavaba los dedos en el colchón.

Kai la estaba sometiendo al tormento más delicioso e increíble que pudiese imaginar. Era como si adivinase qué era lo que ella necesitaba: con qué intensidad lamer, cuándo chupar o morder, dónde dejar ir con suavidad su aliento cálido para hacer que la piel se le erizara, la sangre le hirviera y el corazón palpitará con tanta intensidad que parecía que iba a saltársele del pecho.

El orgasmo se abalanzó sobre ella casi de la nada. Sintió que empezaba a enroscarse en su bajo vientre, como una serpiente desperezándose después de una larga siesta, y de repente, allí estaba, sacudiéndola, cegándola con su contundente calor y la sensación vertiginosa, como si hubiese saltado en paracaídas.

Se meció contra la boca de Kai, buscando más, ansiando que su clímax continuara para siempre.

Cuando por fin pasó y las contracciones en su interior se redujeron a diminutos y placenteros espasmos, alzó la cabeza para poder mirar a Kai.

Él le devolvió la mirada y su sonrisa la hizo sonrojar.

—Estás preciosa cuando te corres —le dijo. Maddy dejó ir una tímida carcajada y se tapó el rostro con las manos, avergonzada. Intentó quitar las piernas de encima de los hombros de él, pero Kai se lo impidió—. No, todavía no —susurró—. No he terminado.

Hundió los dedos en su empapado coño y extendió los jugos por el

clítoris. La acarició con maestría, moviendo los dedos alrededor del clítoris y atormentando los labios del coño. Deslizó un dedo en su interior, haciéndola jadear. Metió otro dedo, y ella dejó ir un suave gemido. El fuego que creía apagado, volvió a encenderse.

—Voy a hacer que te corras otra vez, Maddy. Y, cuando lo hagas, estaré dentro de ti.

¿Correrse dos veces? ¿Con tan poco tiempo de diferencia? A Maddy nunca le había pasado. Sí, disfrutaba del sexo ocasional, y de vez en cuando había tenido algún lío de una sola noche, o de dos. Pero ninguno de sus esporádicos amantes se había preocupado lo suficiente como para darle dos orgasmos en una misma noche.

Kai seguía acariciándola, con la palma de la mano presionando sobre el clítoris, y follándola a la vez con los dedos, con movimientos profundos y acompasados. Su coño se contrajo alrededor de los dedos y Maddy se agarró con fuerza a las sábanas. Alzó el rostro para mirarlo a él, pero no consiguió mantenerlo levantado y dejó caer la cabeza hacia atrás. Toda la fuerza de su cuerpo se estaba concentrando en un único punto, y el resto parecía no responder a sus órdenes. Solo pudo quedarse tumbada, jadeando, moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras su pelvis cobraba vida propia y se frotaba contra la mano masculina, ansiando más.

—Tengo la polla dura como una piedra —susurró Kai —, y necesito enterrarme en tu interior hasta correrme con fuerza.

Sus palabras la excitaron todavía más. ¿De dónde había salido este hombre? ¿Todos los elfos eran como él, unos maestros en el arte de darle placer a una mujer? Santo Dios, si las mujeres del mundo se enteraban de esto, peregrinarían hacia el Polo Norte, dejando atrás a novios y maridos sin pensárselo dos veces.

Kai le dio un último beso en el pubis, y le bajó las piernas hasta que tocaron el suelo. Se puso de pie y se quitó los pantalones. Maddy alzó la vista para mirarlo. Era hermoso. El pelo rubio le caía en cascada hasta más allá de los hombros. Los ojos verde esmeralda brillaban como si fueran luceros. Los músculos bien definidos se tensaban con cada uno de sus movimientos. Admiró todo su cuerpo mientras él se quitaba la ropa que todavía llevaba encima, hasta llegar a la polla.

Era una polla hermosa. La noche anterior apenas había tenido tiempo de

observarla. Tenía la punta ancha, y un tronco grueso y duro como el acero. Quería tocarla, lamerla, chuparla; pero Kai le dio la vuelta con suavidad hasta dejarla boca abajo en la cama.

Maddy se dejó hacer. No tenía fuerzas y su cuerpo no respondía. Estaba excitada y todo lo que podía hacer era jadear cuando las fuertes manos la cogieron para girarla. Le separó las piernas, se inclinó hacia ella, situó la punta de su polla en la entrada del húmedo coño, y la penetró.

Maddy se aferró a las sábanas y ahogó un chillido por la sensación de Kai llenándola. La forma en que su coño se apretaba alrededor de la polla mientras la penetraba hasta el fondo, hizo que él gimiera.

Encajaban perfectamente, pero esto no era una sorpresa. La noche anterior ya lo había descubierto.

Kai era un experto. Fue despacio al principio, disfrutando de la bienvenida caliente y húmeda, dejando que ella sintiera cada glorioso centímetro de su miembro. Después, poco a poco, fue aumentando el ritmo, transformando las lentas acometidas en duras y rápidas estocadas que la llevaban hacia la locura.

Las manos masculinas fueron mágicas. La tocó en todas partes, y rodeó los pechos con ellas, pellizcando los pezones escondidos. Le besó la espalda sin dejar de empujar dentro de ella.

—Por Santa, Maddy, tu coño me aprieta como un cepo. Es absolutamente glorioso —susurró contra su oído.

Maddy sintió las cosquillas de la melena de él rozándole la espalda y se estremeció. Tenía la piel tan sensible que el simple soplo de su aliento la hacía temblar.

—Más duro, Kai, por favor.

Con un gruñido, Kai se dejó caer sobre ella, aplastándola con su peso, y buscó su boca para saquearla, besándola profundamente, empujando con fuerza dentro de ella, con movimientos profundos y rítmicos.

—Oh, Dios.

Por el gemido ronco de Kai, ella supo que estaba a punto de hacerse trizas, y se deleitó mientras él bombeaba con dureza y deslizaba la boca por su cuello para morderla en el hombro. Ambos se sacudieron en un intenso y fuerte orgasmo que los dejó extenuados y consumidos, al borde de la inconsciencia.

Kai se movió y se separó de ella. Maddy sintió la falta de su calor como si

le hubieran arrancado la piel, pero duró un solo instante, porque inmediatamente sus brazos estaban rodeándola y arrastrándola con suavidad hacia el centro de la cama. Se tumbó a su lado y cubrió sus cuerpos desnudos con el edredón.

Maddy se durmió y, en sus sueños, fue feliz.

Un rato después, con Maddy profundamente dormida, Kai se levantó con renuencia y volvió a su casa.

Antes de cruzar, miró hacia el bulto cubierto con las mantas y una infinita tristeza se apoderó de él. No quería separarse de ella, pero no podía quedarse allí. Debía regresar a su mundo, su casa, su hogar. ¿Por qué marcharse lo hacía sentir desdichado?

Capítulo 6

Una sensación húmeda y caliente en su cara le despertó de repente. Kai se quejó por lo bajo y se pasó la mano por la cara ante la mirada atenta de Bernie, que se había sentado a su lado en la cama y le estaba llenando la cara de babas, con las patas sobre su pecho.

—Agh... Bernie, eres un baboso —dijo apartándoselo de encima—. ¿Qué hora es?

Miró el reloj sobre la mesita y vio que las manecillas marcaban las diez de la mañana.

No necesitaba dormir demasiado. No había dormido demasiado, en realidad, pero él nunca se levantaba tan tarde. Era impensable. Allí siempre había cosas que hacer, y tenía que preparar los viajes de Maddy con antelación. Los hechizos mágicos eran algo que había que estudiar minuciosamente y memorizar, porque el mínimo cambio en un movimiento o una palabra podía tener consecuencias catastróficas como quedar atrapado en el tiempo, o peor, quedarse en dos lugares a la vez con el consecuente desastre que eso suponía para cualquier cuerpo físico.

Pero allí estaba. Remoloneando en la cama a las diez de la mañana, y hasta su perro estaba impaciente porque no le había dado de comer.

Se pasó las manos por la cara y se levantó, se ató la sábana a la cintura y caminó arrastrando los pies hasta la cocina, sintiendo que hasta el alma le pesaba.

«Preparar los viajes de Maddy... Anoche ni siquiera viajamos. Estoy fallando estrepitosamente esta misión, y así no va a recuperar su espíritu navideño».

Para Kai, era algo completamente impensable haberse saltado ese paso. Era su misión, y él era impecable en el cumplimiento de su trabajo, pero Maddy le estaba poniendo la vida cabeza abajo. Tal vez estuviera enamorado, como dijo Blurf, pero entonces, estar enamorado era muy parecido a estar enfermo: se encontraba febril, no podía pensar en otra cosa que no fuera Maddy, y cuando estaba con ella todo dejaba de importar, perdía el sentido y el norte, y se olvidaba de las cosas que siempre habían sido importantes para él. El elfo, que siempre había sido responsable con sus obligaciones se

encontró de pronto conmocionado al darse cuenta de que había fallado a ellas.

—No sé dónde está mi cabeza —dijo con amargura mientras abría una lata de jugosa carne y se la servía a Bernie en su comedero. Su fiel amigo le miró y movió su enorme cola, pasando a ignorarle para disfrutar de su desayuno—. No sé, Bernie, no entiendo cómo los humanos pueden vivir con estas cosas. Ahora comprendo por qué están tan locos. Debe ser un virus. Seguro que estar enamorado es eso, una enfermedad que nos hace perder la cabeza.

Suspiró. Lo peor no era que hubiera fallado en sus obligaciones, lo peor era pensar que pudiera tener éxito en la misión. Si lo conseguía y Maddy recuperaba su espíritu navideño, jamás volverían a verse, y eso le partía el corazón. Pensarlo le dolía, y hacía que una presión desagradable en su pecho le impidiera respirar.

Se sorprendió deseando que no lo recuperase. Fracasar, que nunca estuviera satisfecha. Y eso le horrorizó.

—Dios mío...—dijo en voz alta, sentándose derrotado en uno de los taburetes de la cocina—. No puedo ser tan mezquino. No puedo estar deseando eso, ¿cómo pretendo aspirar a ser Santa Claus si no deseo la felicidad para todos? Es un deseo egoísta...

Y su sueño... ¿dónde quedaba su sueño? De pronto parecía no pesar tanto. Palidecía al lado de la idea de despertar junto a Maddy, de poder oler su salvaje cabellera, de tocar su piel y besar sus labios. De vivir junto a ella. No solo era su cuerpo, lo que sentía al hacer el amor. Si había algo que hacía que su corazón se inflamase y soñara con cosas imposibles, era la idea de despertar a su lado y observarla cuando abría los párpados con el cabello despeinado y la expresión adormilada.

Quería ser testigo de cada instante de su vida, y provocar mil y una veces esa sonrisa que le iluminaba los ojos. Quería que fuera feliz, sí, pero se encontraba en una encrucijada. Cumplir su sueño era renunciar a ella, y si ese era el precio, entonces no le importaba tanto dejarlo atrás.

Bernie terminó su comida y fue a su encuentro, poniéndole el hocico sobre la pierna, le miró con una expresión preocupada en su peluda y enorme cara perruna.

—¿Crees que ella sentirá lo mismo? —le preguntó a su perro, pero este no respondió nada, solo le puso una pata sobre la rodilla. Kai le rascó la cabeza y siguió haciéndose preguntas en alto—. ¿Se sentirá ella perdida? ¿Se estará

haciendo las mismas preguntas? No entiendo nada, Bernie. No entiendo qué me pasa.

«Aún son las diez», pensó Maddy, mirando el reloj por decimocuarta vez aquella mañana. «¿Aún son las diez? ¿Cómo pueden ser las diez? Solo hace dos horas que he entrado en la oficina. Es como si el tiempo no pasase. Maldita sea».

Quedaban catorce horas para volver a verle, y la ansiedad la estaba devorando por dentro. Era una sensación cálida y desagradable al mismo tiempo, porque era incapaz de concentrarse, pero el aleteo en el estómago la hacía sentir enérgica e ilusionada. Absurdamente ilusionada.

Estaba sentada frente a su ordenador, en su cubículo en las oficinas de Humper & Spencer, con la mirada perdida en los números de la hoja de cálculo en la que estaba trabajando. Su mente se enredó en ensoñaciones sin que pudiera controlarla, y cuando quiso darse cuenta estaba fantaseando.

Al recordar el tacto de sus dedos sobre su piel, cálido y atento, y la forma en la que le hacía el amor, mirándola intensamente, como si ninguna otra cosa en el mundo importase, Maddy sintió un escalofrío. Kai era un amante espectacular, nunca había estado con un hombre igual, y tal vez tuviera que ver con que no era exactamente un hombre, y desde luego, no era humano. Pero ella no solo ansiaba su presencia por sus capacidades amorosas. Los recuerdos de las noches compartidas se encadenaron con algo más, y comenzó a imaginar cómo habría sido despertar a su lado.

«Ojalá se quedase por las mañanas. Sería maravilloso abrir los ojos y que su imagen fuera lo primero que viera».

Su fantasía se disparó, y se imaginó sus preciosos ojos rasgados dándole la bienvenida al mundo de la vigilia. Le imaginó riendo a su lado mientras preparaban el desayuno. Le vio sentado a su lado en el sofá, escogiendo la serie que verían esa noche; paseando por el parque, yendo con ella de compras... Esas cosas que hacían las parejas.

Una sonrisa tonta se dibujó en sus labios.

«Espera. Un momento. ¿Esas cosas que hacen las parejas? ¡¿Las parejas?!».

Dio un respingo en su silla al darse cuenta de lo que estaba pensando.

—¿Qué? Esto no me puede estar pasando —dijo en voz alta.

—¿Va todo bien, Maddy? —Christie, su compañera en el cubículo de al lado se asomó sobre el panel que las separaba, mirándola con preocupación. Maddy no solía quejarse nunca, y trabajaba en silencio y centrada.

—Ah, sí. Sí, claro —se excusó, sintiendo que las mejillas se le calentaban del apuro—. Es solo que... parece que hoy no quieren encajar los números.

Fingió una sonrisa tranquilizadora y su compañera asintió.

—Si necesitas ayuda, puedes pedírmela.

—¡Claro! Gracias, Christie, pero no te preocupes, seguro que hay un error en la hoja de cálculo. ¡Lo encontraré!

Christie la miró extrañada ante su sobreactuación, pero pareció convencerse y volvió a su trabajo, dejando a Maddy con sus tribulaciones.

Tomó aire profundamente y se pasó las manos por la cara, llamándose a la calma.

Antes de sacar ninguna conclusión hizo un viaje a la máquina de café, evitando el contacto visual con nadie como si temiera que pudieran adivinar sus locos pensamientos a través de su mirada. Volvió a su cubículo con el vaso entre las manos y dejó que los primeros sorbos del oscuro líquido la calentaran por dentro. El café no era el mejor remedio para la ansiedad, pero a Maddy le producía un efecto reconfortante, de alguna manera, la centraba, y la ayudaba a despejarse después de varias noches de escaso sueño y mucho sexo.

«Recapacitemos. Quiero que un elfo sea mi novio», se dijo, mirando la pantalla donde el trabajo seguía paralizado por culpa de sus disquisiciones. «No solo me lo quiero tirar. Quiero verle todos los días, conocerle, saber cómo es y con qué sueña... Quiero que Kai no se vaya nunca de mi lado».

Tenía que admitir que había sido un flechazo. En solo tres noches había pasado de ser un potencial violador al hombre de su vida. Lo cual era gracioso, porque ni siquiera era un hombre propiamente dicho.

«Estoy loca. Completamente chiflada. Me he enamorado de un elfo de orejas puntiagudas, lo cual solo lo reafirma, porque eso solo puede significar que he perdido del todo la cabeza. Ni siquiera sé si Kai es real. ¿Y si lo estoy soñando todo? ¿Y si todo es un producto de mi ansiedad?».

Nadie más que ella había visto a Kai hasta ahora, y realmente no habían salido de su propia casa. Los viajes bien podían ser alucinaciones elaboradas de su mente estresada por la Navidad. Tal vez, sentía un deseo inconsciente por curarse su propio trauma, y se había inventado todo eso intentando escapar

de su propio dolor.

—Dios... acabaré en el psiquiátrico.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —escuchó a Christie al otro lado de la pared.

—No, no. Ya está casi.

Suspiró y apoyó los codos en la mesa, mirando a la hoja de cálculo como si ella tuviera todas las respuestas que no encontraba en sí misma.

«Si Kai es una alucinación espero que dure mucho tiempo, porque si me lo encuentro en casa al regresar no pienso tomar ninguna pastilla. Ahora mismo, y hasta que pueda salir, tengo que centrarme en el trabajo, y será lo mejor si quiero mantenerme cuerda».

A pesar de sus intenciones, Maddy no pudo quitarse a Kai de la cabeza en todo el día.

El día pasó. Las horas se arrastraron lentas en los puntos distantes en los que se encontraban. Kai y Maddy pensaban el uno en el otro sin saberlo, las preguntas y las dudas les consumían. Sus mundos alejados y tan diferentes, cambiaban por momentos y en sus corazones comenzaba a abrirse un hueco que antes no existía: una habitación cálida, alejada del dolor y luminosa para Maddy; llena de vida, curiosidad y pasión para Kai.

A las doce de la noche, Maddy le esperaba en el salón de su casa.

Estaba tan confusa que ni siquiera se había puesto el picardías. No es que hubiera abandonado la idea de seducir a Kai, es que en apenas dos días, había crecido algo mucho más grande que ese deseo en su pecho. Nerviosa, hizo la cena e incluso pensó en guardarle al elfo, se planteó ofrecerle salir a cenar en lugar de hacer viajes en el tiempo... incluso pensó en que podría disfrutar de la Navidad si él la acompañaba. Podrían comprar juntos los adornos, podrían comprar regalos...

Y todas esas ensoñaciones le parecían cada vez más absurdas en su ausencia. La ansiedad ganaba terreno, en especial cuando pensaba en la posibilidad de que Kai no apareciera, o peor, que lo que estaba sintiendo significase que no regresara jamás. Tenía tantas ganas de hacer cosas, tantas ganas de salir y disfrutar, que temía que su misión se viera cumplida y regresara a su mundo.

Cuando de pronto el elfo apareció en mitad de su salón, el corazón le saltó en el pecho y enloqueció de felicidad.

—¡Kai! Pensé que no ibas a venir —dijo sin pensar, levantándose del sofá.

—¿Por qué pensaste eso? Aún no has recuperado tu espíritu navideño... ¿no?

«Tienes que hacer tu trabajo. Tienes que llevarla de vuelta al pasado y dejar que sea feliz», pensó Kai tratando de convencerse.

Maddy se mordió los labios. Quería arrastrarle fuera de casa, reír bajo la nieve y tomar chocolate caliente con él.

«No se lo puedo decir. No quiero mentirle, pero quiero que se quede una noche más. Solo una noche más».

—No..., no. La verdad es que no —mintió, mirándole con los ojos brillantes de anhelo.

De pronto ninguno parecía saber qué hacer. Kai sabía que tenía que cumplir su misión, agarrarla y abrir el túnel de niebla para llevarla al pasado con su hechizo, pero cuando ella se acercó a él, dubitativa, el elfo no pudo soportarlo más.

—¿Y si te hago el amor lo recuperarás? —dijo en un susurro, tragando saliva costosamente.

Maddy asintió, acercándose hasta abrazarle y apoyar la cabeza en su pecho.

Quería todas esas cosas, pero también quería tenerle en su cama. Su olor a bosques y magia despertaba su deseo instantáneamente, y cuando la rodeó con sus brazos firmes y cálidos sintió que la transportaba de nuevo a ese otro mundo donde se sentía segura y en paz.

También era feliz quedándose allí.

—Sí..., al menos una vez más.

Sus miradas se encontraron, y aunque lo deseaban, no se dijeron nada más. No hacía falta, las palabras podrían estropearlo, y en sus ojos vieron reflejados los anhelos del otro sin necesidad de nada más. Sus corazones se inflamaron. En ese preciso instante parecía claro, algo incuestionable incluso para ellos mismos: estaban enamorados, y lo que tuviera que venir poco importaba.

Kai tomó el rostro de Maddy entre sus manos y la besó con una ternura que

poco a poco prendió en los fuegos de la pasión. Estaba dispuesto a vivir el momento, a bebérselo, a devorarlo, sin hacerse más preguntas hasta que la noche terminase. La besó a conciencia, y casi sin darse cuenta comenzó a desnudarla, quitándole el jersey de lana que llevaba esa noche, y con el que estaba tan preciosa como con sus camisones provocadores o sus tangas de encaje.

—Eres preciosa... —susurró conmovido cuando le quitó el sujetador y la melena rizada de Maddy se derramó sobre sus pechos blancos. Vio cómo su piel se erizaba, y cómo sus mejillas se arrebolaban y deslizó el dedo pulgar sobre sus labios, dibujándolos lentamente.

Maddy bajó los párpados y abrió la boca, rozó su pulgar con la lengua y luego succionó con los labios, provocando que la imaginación del elfo se disparara. Los ojos indómitos de la humana se fijaron en los suyos cuando, allí mismo, se arrodilló despacio, subiéndole la camiseta para besarle los pectorales y el surco de los abdominales, que no pudo evitar tensar.

Ella se moría por hacerlo. Se sentía golosa y curiosa por encontrar el sabor más íntimo de Kai. Cuando quedó de rodillas frente a él, con los pechos al descubierto, él la miraba fija e intensamente, con la melena rubia cayéndole a los lados del rostro viril. Sin dejar de mirarle, Maddy bajó la cremallera de sus pantalones, despacio, como si fuera un ritual. Metió la mano en su ropa interior y tiró de su miembro, que ya estaba despierto y dispuesto y que reaccionó con un latido violento cuando lo rodeó con los dedos.

La sola visión de su sexo le provocaba escalofríos y hacía que su deseo se intensificara. Era esbelto, de piel clara y suave, las venas apenas se marcaban y apuntaba hacia arriba como un sable dispuesto. Y era grande, más que ninguno que hubiera visto antes.

«¿Todos los elfos la tendrán así?», se preguntó. Pero le daba igual la respuesta. No quería a otros elfos, ni a otros hombres. Solo le quería a él, y le quería degustar a placer.

La mirada de Kai se enturbió cuando le tomó entre los labios y le hundió en su boca. Maddy cerró los ojos y el gemido del elfo, casi musical, lúbrico y lleno de placer, hizo que su propia piel se estremeciera y que le enguliese con más ímpetu. Su sabor era parecido al de su saliva: dulce, lleno de matices chispeantes, efervescente como la magia, pero en un punto picante. Aquel inesperado sabor la acicateó aún más y se encontró enredando la lengua en el tallo duro, succionando su cúspide y hundiéndole hasta el límite en su

garganta, aquejada de una sed incomprensible.

Kai dio un traspie y se tuvo que agarrar de una silla cercana. El placer le mareaba, la imagen de Maddy haciendo eso... Apenas lo podía aguantar. Mamaba como un cachorrillo hambriento, y sentía que si la dejaba podía sacarle el alma. Cada embestida de su boca jugosa, el roce de su lengua resbaladiza y las succiones amenazaban con romperle a cada instante.

Echó la cabeza hacia atrás, y sin darse cuenta, se dejó llevar. Movi6 las caderas contra su boca, siguiendo sus movimientos, gimiendo a medida que Maddy intensificaba el ritmo de sus succiones. El sonido húmedo que producía su boca era delicioso, y los gemidos ahogados por su propio miembro le parecían música.

—Maddy..., para —dijo entre jadeos, deslizando una caricia por la mandíbula de ella, intentando detenerla—. Si no paras voy a...

Ella se apartó con ímpetu, agitando la melena y clavando la mirada llena de fuego en él. Su respiración agitada elevaba y bajaba sus pechos y tenía los labios y la barbilla brillantes de saliva.

—No..., aguanta solo un poco más —replicó ella al ponerse en pie, le empujó con suavidad, tiró de su camiseta para quitársela y le guió entre besos y risas resbaladizas hasta la habitación.

Kai se dejó caer sobre la cama. Maddy terminó de desnudarse y le arrancó los pantalones a tirones, trepando hasta él como una amazona hasta sentarse a horcajadas sobre sus caderas. Se guió con las manos, mientras él cerraba las suyas posesivamente en sus senos, y se lo clavó con una sola embestida. Sacudió la melena, abriendo los dedos en el poderoso pecho del elfo, y con un gemido comenzó a cabalgarle con energía, mirándole a los ojos.

La melena de Kai permanecía abierta sobre el almohadón y su rostro, normalmente lleno de serenidad y de belleza casi etérea, se transformó en una mueca de placer. Con el ceño fruncido y los labios entreabiertos, respiraba con fuerza y se esforzaba por mantener los ojos fijos en los de ella, como si quisiera beberse su imagen en ese instante. Como si aquello pudiera no volver a repetirse.

Soltándole los pechos, Kai la agarró por las nalgas y respondió a sus movimientos con la misma pasión, enterrándose profundo en su cálido interior, apretándose contra sus caderas con cada embestida para que sus cuerpos se rozasen, y provocándole los gemidos que se elevaban cada vez más fuertes.

—Sí..., Maddy..., por todos los inviernos... No pares —murmuró cuando ella se inclinó sobre su pecho, jadeando y gimiendo en su oído.

La cama traqueteaba contra la pared. Los vecinos debían estar escuchándoles, pero Maddy no pensaba en ellos. No pensaba en nada. La sensación de plenitud que le provocaba tenerle dentro lo borraba todo: las dudas, el miedo, la ansiedad, y solo podía pensar en arrojarse a aquel abismo de placer que se abría ante ella.

Cuando la oleada de calor se alzó sobre ella, no hizo nada para retrasarla. Se movió más deprisa, le cabalgó casi con furia, buscando su placer, y este cayó sobre ella como una tormenta. Latió en su interior y se quebró en un maravilloso orgasmo. Sus movimientos se volvieron torpes, arrítmicos, y Kai siguió embistiendo hasta derramarse en sus entrañas con una deliciosa sensación cálida y efervescente.

El elfo aún gemía cuando Maddy le besó en la boca, ahogando su voz y devorando los sonidos. Kai la abrazó, y sin salir de ella, le dio la vuelta sobre el colchón, besándola desesperadamente.

No pensaba desaprovechar aquella noche, y a diferencia de los humanos, Kai no solo tenía tiempo de sobra, sino también energía.

Capítulo 7

—Me he convertido en un perverso adicto al sexo.

Bernie lo miró con sus enormes ojos y soltó un *bruf* entre dientes. Si hubiese podido hablar, probablemente le hubiese dicho a su amo que era idiota; en lugar de eso, le dio la espalda y se dirigió a la puerta para rascarla con ahínco.

—Vas a estropearla, perro tonto —gruñó Kai—. ¿Tienes ganas de hacer tus cosas? —Se arrodilló a su lado y le rascó la cabeza—. Te has cansado de escucharme, ¿no es eso? Pensarás que soy tonto. Lo sé. Yo también lo creo.

Se incorporó y le abrió la puerta. Bernie salió corriendo, derrapando en el macizo de margaritas de la señora Grlomph, la vecina. Kai suspiró. Tendría que volver a escuchar su discurso sobre educar bien a los perros porque en cuanto la gnoma volviese a casa y viese el estado en que habían quedado sus flores, sabría que había sido Bernie y vendría presa de la furia. Con toda la razón. Pero por más que intentaba que Bernie fuese un poco más cuidadoso y mirase por dónde hacía correr su voluminoso cuerpo de san bernardo, no lo conseguía.

—Últimamente, ni yo mismo hago caso de lo que me digo, ¿cómo va a hacérmelo él?

Maddy lo había vuelto loco y, por mucho que tomaba la decisión de no caer de nuevo presa de la pasión en sus brazos, su determinación se caía hecha pedazos en cuanto veía sus ojos color miel, y sus jugosos labios.

—No me reconozco —suspiró derrotado.

Se miraba en el espejo y no sabía quién era aquel que le devolvía la mirada desde el otro lado. Tenía su mismo aspecto, pero sus pensamientos, sus deseos, sus sueños, habían cambiado.

«¿Qué voy a hacer?».

Necesitaba hablar con alguien. Blurf no le había servido de mucho, y sería inútil volver a hablar con él de Maddy. Necesitaba hablar con alguien más sereno, más juicioso y sensato. Alguien con verdadera experiencia en asuntos del corazón, que no lo juzgase a priori.

—La señora Claus.

El nombre le vino con sorpresa. ¡Cómo no lo había pensado antes! Decían que ella había sido humana en otros tiempos, y era de sobra sabido cuánto amaba a Santa.

Quizá podría ayudarlo a comprender qué le pasaba. O no. Pero no perdía nada por intentarlo.

Aunque...

¿Se atrevería a hablar con ella? ¿A contarle todo? O sea, *¿todo?*

—¿Eres un elfo o un ratón? —se preguntó con determinación, forzando la valentía, alzando el mentón y cogiendo la chaqueta decidido a ir a ver a la señora Claus y exponerle su problema.

Tenía que ser valiente.

La señora Claus estaba en la piscina climatizada, haciendo unos largos. El mayordomo gnomo que le abrió la puerta lo acompañó hasta allí y los dejó solos.

—¡Kai! Qué alegría verte —le dijo girando sobre sí misma en el agua.

Era una mujer muy hermosa, voluptuosa y muy sexy. Tenía el pelo rubio cortado en una media melena que ahora llevaba recogida en un gorro para no mojársela. El rostro ovalado era perfecto, con una nariz pequeña y respingona, unos labios carnosos y unos ojos claros que, cuando te miraban, parecía que pudiese ver más allá, hasta tus secretos más recónditos.

Nadó hasta la escalerilla y salió de la piscina.

Su cuerpo era de infarto, con una cintura estrecha, caderas y pechos generosos, el vientre plano y la piel cremosa. Y el diminuto bikini que llevaba era casi escandaloso.

Pero Kai no sintió nada al verla. Nada de nada. No se excitó, ni sintió deseo sexual. Su polla permaneció quieta y tranquila dentro de sus pantalones, su vientre no revoloteó, no se le aceleró el pulso ni el corazón palpitó de más.

—Señora Claus...

—Llámame Marilyn, por favor. Te lo he dicho muchas veces —lo riñó sonriendo coqueta mientras se envolvía en una toalla.

—Sí, lo sé. Lo siento. Es que...

Kai suspiró y los hombros cayeron, abatidos.

—Te ves muy triste —dijo Marilyn, preocupada. Se sentó en uno de los divanes que había cerca de la piscina y palmeó a su lado—. Ven, siéntate aquí y cuéntame qué te pasa.

Kai obedeció. Se sentó a su lado y la miró atentamente. Era preciosa, pero no conseguía que sintiera nada más allá del mismo cariño fraternal que había sentido desde que la conoció, hacía ya mucho tiempo.

«Quizá no me he convertido en un pervertido adicto al sexo. Quizá solo es con Maddy. Quizá...».

Abrió la boca para empezar a hablar y boqueó como un pez. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo contárselo? Puede que no hubiese sido una buena idea ir a verla.

—Yo...

Carraspeó, buscando la fuerza y la valentía de la que había hecho acopio antes de salir de su casa, pero le costó encontrarlos. Cerró los ojos y miró por el enorme ventanal que tenía delante, hacia el bosque lleno de vida, el hermoso cielo despejado, y las cumbres de las montañas nevadas que se veían a lo lejos. Tragó saliva y lo contó todo de golpe, sin casi hacer pausas para respirar, sintiendo que el corazón cada vez le palpitaba más deprisa, como si quisiera salir corriendo de su pecho. Le habló de Maddy, de lo feliz que era cuando estaba a su lado, de lo desdichado que se sentía cuando no la tenía cerca, de cómo habían cambiado sus prioridades.

Confesó que habían hecho el amor, y que había sido la experiencia más maravillosa de su vida.

Marilyn lo miraba sin decir nada, observando sus gestos, la expresividad de su rostro, el brillo de sus ojos, y se vio reflejada en él y en el amor que sentía por Santa. Sonrió con ternura y le cogió una mano envolviéndola entre las suyas.

—Dime, ¿qué crees que es lo que te pasa?

—No lo sé —contestó, desesperado—. No lo sé —añadió en un susurro—. Solo sé que... que... que lo que siento es tan grande que, a veces, parece que va a explotarme el corazón. Y otras, en cambio, siento un vacío enorme en el pecho, como si me hubiesen robado algo que tenía aquí, —se puso la mano sobre el corazón—, y entonces siento que me falta el aire, que no puedo respirar, y me entran unas terribles ganas de llorar. Y no puedo parar de pensar en ella, en su risa, el calor de su piel, el brillo de sus ojos, el tono rosado que

adquiere su piel cuando hacemos el amor, o en sus labios hinchados por mis besos.

Marilyn asintió. Comprendía perfectamente todo lo que le contaba. Ella había pasado por ello hacía ya mucho tiempo, aunque recordaba cada segundo de angustia y de alegría. Pero, ¿comprendía Kai lo que le pasaba? Lo dudaba. En los elfos, ese tipo de amor se daba en muy escasas ocasiones. Eran demasiado etéreos y vivían demasiado despacio. Sus vidas eran demasiado largas y apacibles; apenas conocían las intensas pasiones que movían a los humanos, de vidas mucho más cortas y miserables.

—Kai, dime, si alguien le hiciera daño a Maddy...

—Lo mataría —contestó con vehemencia, interrumpiéndola preso de la furia, sin dudarle ni un momento—. Con mis propias manos.

Marilyn sonrió. Era tan extraño ver tanta pasión en un elfo. Había contraído el rostro y unas arrugas imposibles le habían fracturado la tersa piel de la frente.

—¿Puedes imaginarte un futuro sin ella a tu lado?

Kai inspiró profundamente y cerró los ojos. No quería precipitarse, quería meditarlo, pero todo su cuerpo, su mente y su alma, gritaron ¡NO! al unísono.

Negó con la cabeza.

—Sin ella, mi vida no tiene sentido —confesó con tristeza—. ¿Qué voy a hacer, Marilyn? Toda mi vida se va al garete. Mis sueños... Lo que he deseado durante toda mi existencia desde que tengo uso de razón, ya no tiene importancia. Lo único que quiero ahora es estar a su lado.

—Estás enamorado, Kai. Profundamente enamorado. Y debes pensar bien qué es lo que quieres hacer a continuación. Maddy es humana, y tú, un elfo. Su vida será muy corta, y a ti te quedan siglos por delante. Si quieres estar junto a ella, deberás renunciar a todo, ya lo sabes. Solo como humano podrás tener una vida plena con ella.

»Por otro lado, Santa está cansado. Lleva muchos siglos en este puesto y quiere retirarse, y está pensando seriamente en ti como candidato a ocupar su lugar. Si tú ya no estás dispuesto, deberá buscar a otro.

—¿Convertirme en humano? ¿Eso es posible?

—Por supuesto. —Marilyn le sonrió con afecto. De todo lo que le había dicho, su mente solo se había quedado con aquello en concreto, y eso le

advirtió que, aunque él no era consciente, Kai ya había decidido cuál era su camino—. En Navidad, todo es posible. Pero tienes que tomar una decisión.

Kai asintió, sumido en sus pensamientos. Le agradeció que le dedicara su tiempo y volvió a su casa. Bernie ya había regresado y estaba esperando delante de la puerta, impaciente. En cuanto la abrió, entró como una tromba y se tumbó ante la chimenea.

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó, sentándose en el suelo a su lado.

Bernie alzó la cabeza y soltó un ladrido grave y profundo.

—Yo tampoco lo sé.

Estaba dividido y la incertidumbre lo estaba matando. Por un lado, el amor, un regalo inesperado que jamás creyó que pudiese atesorar en su corazón. Por otro, el sueño que había ocupado su mente y su corazón desde el primer día en que entró al servicio de Santa. ¿Cómo podía renunciar a uno por el otro? ¡No podía! ¡Era imposible!

Pero sabía perfectamente cuál iba a ser su decisión, aunque todavía no se atreviese a confesarla en voz alta.

Maddy lo esperaba nerviosa. Se retorció las manos mientras caminaba de un lado a otro. Amaba a Kai, estaba convencida de ello. Durante todo el día se había imaginado mil veces que ya no le era posible estar junto a él, y la angustia casi la había matado.

Lo amaba. Incondicionalmente. Sin saber cómo, Kai había pasado a ser lo más valioso de su vida. Y estaba dispuesta a confesárselo, aunque eso lo cambiase todo.

Porque no podía seguir así, con la incertidumbre planeando sobre su cabeza, causando nubarrones negros. Lo amaba y se lo diría, porque él merecía saberlo. Al día siguiente era Nochebuena, y no podía arriesgarse a que aquella fuese la última noche en que podían estar juntos, y dejarlo marchar sin confesárselo.

Cuando Kai apareció, se echó en sus brazos y enterró el rostro en el masculino pecho. En la camiseta, esta vez había dibujado un reno con tutú que hacía una pose de ballet y guiñaba un ojo. Casi tuvo ganas de reír.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Bueno, todo. —Se separó un poco de él, lo justo para poder

mirarlo al rostro y perderse en esos ojos verde esmeralda que tanto la fascinaban—. Es que tengo algo que confesarte.

—Y yo tengo que preguntarte algo.

Maddy asintió.

—Vale, empieza tú —le dijo.

Kai llenó los pulmones de aire y la miró con intensidad.

—¿Qué sientes por mí? —le preguntó, pero la voz le salió temblorosa, como si temiera la respuesta—. Esto que tenemos, para ti, ¿es solo sexo? ¿O hay algo más? Necesito saberlo, Maddy.

Maddy parpadeó, y sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Te quiero, Kai. Con locura. —Enterró el rostro de nuevo en el pecho de Kai, por eso no vio la sonrisa de alegría y satisfacción que ocupó todo su rostro—. Estoy enamorada de ti. Pero tranquilo, sé que no puede ser, que nuestra relación es pasajera, que no tiene futuro. Que tú te irás y no volveré a verte. Pero tenía que decírtelo antes de que fuese demasiado tarde.

Kai intentó por todos los medios que la alegría que lo inundaba no se desbordase. Contuvo las ganas de apretarla contra sí, de reír y girar con ella en brazos.

Porque, antes, debía hacerle otra pregunta.

—¿Y si hubiera una posibilidad de tener una vida juntos? ¿Me aceptarías a tu lado? Piénsalo bien, Maddy, porque mis habilidades como elfo desaparecerían. Me convertiría en humano, sin magia, y a saber cómo podría ganarme la vida. Quizá tendrás que mantenerme, porque no tengo ni idea de en qué podría trabajar.

Maddy lo miró, intentando averiguar si hablaba en serio o no. ¿Podría ser? ¿Había la posibilidad de tener una relación? ¿De que él se convirtiera en humano? ¿Sería capaz ella de hacerlo renunciar a todo lo que era?

—Pero... ¿estás seguro? —preguntó, dudosa—. ¿Renunciarías a todo por mí?

—Sin dudarlo un instante. Y sin arrepentimientos —contestó él con convicción, clavando sus ojos verdes en ella.

—Entonces, yo te mantendré toda la vida si hace falta —bromeó—, aunque estoy convencida de que no llegará el caso. Serás capaz de encontrar tu lugar en mi mundo. Eres un hombre listo e inteligente, y juntos, podremos solucionar

cualquier problema que se nos presente. El futuro no me preocupa si estás a mi lado.

—Entonces, me quedaré. Yo también te quiero, Maddy. Conocerme ha cambiado mi vida, y mis sueños. Me siento mejor persona desde que entraste en mi vida.

—Bueno, técnicamente, tú entraste en la mía, a la fuerza y sin avisar.

—Y tú intentaste sacarme a golpe de sartén —contestó Kai, riendo.

Aquella noche hicieron al amor con ternura y languidez. La urgencia que Kai había sentido hasta aquel momento, el deseo salvaje de hacerla suya, de marcarla en su memoria con el convencimiento de que acabaría perdiéndola, había desaparecido. Se dedicó a venerar su cuerpo y su alma con cada beso, cada caricia, cada suspiro. Iban a estar juntos durante toda la vida. Sería una vida corta que pasaría como un parpadeo pero, ¿qué importaba? Así era la vida de los humanos, y él iba a disfrutar al máximo cada segundo.

—Kai...

Oír su nombre susurrado con ternura y pasión, lo estremeció de arriba abajo. Maddy, su Maddy, lo miraba con tanto amor mientras enterraba las manos en su pelo, que creyó que el corazón iba a estallarle de felicidad.

—Maddy...

Ella lo besó con pasión, recorriendo su boca con la lengua, haciéndolo suyo.

Pero la duda la sacudió durante un instante. ¿Y si él no era real? ¿Y si solo era producto de su imaginación, de su sed de amor, de su soledad auto impuesta?

«No importa», se dijo mientras Kai se apoderaba de uno de los pezones con la boca y lo mordisqueaba, provocándole espasmos de placer y una corriente que sacudió todo su cuerpo.

Porque para ella, Kai era real. Tan real como el sol que convertía la noche en día, o la nieve que caía perezosa cubriendo las calles con un manto de blancura impoluta.

Y si no lo era... Bueno, viviría su mentira sin dejar que nada ni nadie los separara. Escondería su locura a todo el mundo, y la viviría plenamente durante las horas que estuvieran juntos.

—Te necesito... —susurró, rodeándole la cintura con las piernas, empujándolo a penetrarla, cuando un hambre atroz la atravesó.

Quería sentirse llena, colmada con su masculinidad. Quiso ser uno con él, y deseó que sus almas pudieran entrelazarse igual que se entrelazaban sus piernas, o que se enredaban sus lenguas, o que se fundían sus pieles.

Nunca había sentido algo así, un amor tan grande que hacía que creyera que podía tocar las estrellas con las manos, surcar los mares más indómitos o subir a las montañas más altas. Era increíble, era magnífico, era aterrador.

O lo había sido hasta aquella misma noche, en que Kai acababa de prometerle que se quedaría junto a ella, que no se apartaría jamás de su lado, que siempre estarían juntos, que enfrentarían los problemas juntos, hombro con hombro; y que nunca, jamás, se arrepentiría de la decisión que había tomado.

—Te amo —le susurró Kai al oído, repitiendo aquellas dos palabras como una letanía cada vez que embestía dentro de ella.

—Te amo —contestó ella, aferrándose a su espalda, apretándolo contra su pecho, sintiendo cómo sus cuerpos se templaban con el mismo fuego abrasador que los consumía.

Y, cuando ambos llegaron al orgasmo al unísono, fue como si se fundieran en uno solo, como si sus almas se entretejeran la una con la otra, enlazando cada punto en un mágico tapiz que los mantendría unidos para siempre.

Capítulo 8

El despertador no sonó aquella mañana. Cuando Maddy despertó, permaneció con los ojos cerrados, respirando profunda y calmadamente el aroma que aún permanecía en su almohada. Era como si estuviera durmiendo sobre el manto invernal de un bosque, pero sin sentir frío alguno. Incluso había una nota de humo de chimenea en el perfume que Kai dejaba siempre consigo al partir.

Resignada, suspiró, y se estiró para desperezarse. El corazón le saltó de alegría en el pecho cuando se topó con el cuerpo dormido de Kai a su lado. Solo entonces abrió los ojos para comprobar que no había sido una mera impresión provocada por sus anhelos. Y no lo era.

El elfo estaba dormido a su lado, tumbado de medio lado, con la hermosa melena suelta sobre las sábanas y una expresión apacible. Maddy le miró durante un rato, maravillada con sus rasgos cincelados, con la forma afilada de su mandíbula y los surcos de los pectorales medio cubiertos por las sábanas.

No pudo resistirlo, y acercó los labios a su boca para darle un suave y sentido beso. No pretendía despertarle, pero Kai parpadeó despacio, y cuando se apartó de él, la miró a los ojos con una sonrisa dulce y adormilada.

—Pensé que no te encontraría a mi lado al despertar. ¿Estoy soñando? —dijo ella acariciándole el rostro.

—No. No estás soñando. Te dije que me quedaría a tu lado...

—A mí me sigue pareciendo un sueño.

Kai la abrazó por la cintura y esta vez fue él el que la besó, intensamente, dejándole claro que aquello era muy real. Maddy soltó una risa suave y se relajó entre sus brazos.

—Hoy es domingo, y no tienes que trabajar —dijo él—. Había pensado en una cosa.

—¿Vas a llevarme en uno de tus viajes?

—No. Nada de magia. Es algo mucho más normal. Me gustaría pasar el día contigo, que fuéramos juntos a desayunar, y que después me enseñaras el árbol de navidad del Rockefeller Center... y que me llevaras a patinar sobre hielo. En Navidad siempre he trabajado y nunca he podido disfrutar de esas cosas como lo hacéis los humanos.

Los ojos de Maddy se iluminaron y Kai sintió cómo su corazón se ensanchaba. Ya no se sentía mezquino, siempre había deseado que ella recuperase su espíritu navideño y su felicidad, y ahora que estaba dispuesto a permanecer junto a ella, eso no suponía ningún dilema. Si ser Santa Claus significaba permanecer solo y no poder estar a su lado, entonces no le parecía tan buena idea.

—Es maravilloso —respondió ella, y luego adoptó un gesto pensativo, mirándole con un brillo trémulo en los ojos—. ¿Sabes? En todos los años que llevo aquí no he ido nunca a verlo. Para mí también será nuevo...

—Supongo que es lógico si odiabas la Navidad.

—No, no era por eso. Odio que mis padres muriesen en un accidente de avión justo cuando venían a pasar mis primeras Navidades en Nueva York conmigo.

Kai le acarició el pelo y le besó la frente con ternura, estrechándola entre sus brazos con un gesto consolador que Maddy agradeció. Ella nunca pudo contarle eso a nadie, y allí, en el refugio que conformaban las sábanas y el cuerpo cálido de Kai, su presencia serena y su comprensión, pudo al fin confesarlo.

—Le prometí a mi padre que iríamos a verlo juntos por primera vez, los tres. Pero ese día nunca llegó. No he tenido el valor para ir sola...

—Tus padres estarán contigo siempre, Maddy —respondió Kai con voz suave, limpiándole las lágrimas que caían silenciosas por sus mejillas con los pulgares—. Los llevas en tu corazón, así que no vas a faltar a tu promesa. Disfrutaremos este día en honor a tu padre y a tu madre y les ofreceremos toda nuestra felicidad.

«No puedo creerme que este ser exista. Y no puedo creer que yo esté tan enamorada», pensó Maddy, maravillada. Y se le echó encima para besarle con más ganas.

Durante un rato solo remolonearon, se besaron y rieron susurrándose palabras de enamorados en los labios.

La magia no solo servía para viajar en el tiempo, entre planos, o hacer muchas cosas a la vez. Kai también la usaba para no perder un solo momento delante del espejo. Con un chasquido de sus dedos se vistió de manera instantánea con sus tejanos, su camiseta negra y un abrigo de plumón. Un gorro

de lana negra le cubría la cabeza y le tapaba las puntiagudas orejas. Maddy se acercó y se lo colocó bien para que no cogiera frío.

—Estás muy guapo —le dijo. Y Kai se sintió absurdamente bien.

Salieron del apartamento agarrados de la mano, llamaron al ascensor, y cuando este abrió sus puertas Maddy se sorprendió al ver a Helen en él. La mujer la saludó escuetamente, impresionada por la presencia del desconocido que acompañaba a su vecina.

«Qué alivio, parece que ella también le ve. ¡No es un producto de mi imaginación!», pensó Maddy, sintiendo que la felicidad se volvía ahora completa. Kai era real. Era un elfo de Santa y era real, aunque todo pareciera una locura.

—¡Hola, Helen! —saludó con efusividad.

—¿No vas a presentarnos o es que ya no somos amigas? —inquirió su vecina.

—¡Ah, claro! Él es Kai. Kai, ella es Helen, es mi vecina y mi amiga.

Helen tardó un poco en reaccionar. Se había quedado mirando a Kai con expresión embotada. Cuando consiguió reaccionar, estiró la mano para estrechar la del elfo.

—Sí, soy amiga de Maddy, lo compartimos todo.

—Bueno... todo, todo, no —dijo la aludida.

Kai se echó a reír, aunque no entendió exactamente a qué se estaban refiriendo.

—Y... ¿sois novios? —preguntó a bocajarro.

Maddy se quedó en silencio, sin saber qué responder, pero Kai enseguida le aclaró la situación.

—Sí, si Maddy quiere —la miró a ella.

—¡Sí! ¡Somos novios! —soltó Maddy entusiasmada.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, salió casi dando saltos, agarrando a Kai de la mano y tirando de él para salir al exterior, donde la nieve estaba cayendo con fuerza.

—¡Hasta luego, Helen! ¡Me voy a celebrar la Navidad con mi novio!

—Vaya, chica..., menudo cambio —dijo su vecina para sí—. Aunque con un maromazo así a mí también me cambiaría el humor.

Maddy había confirmado que no estaba loca, y eso la hizo sentirse feliz y libre. Ante el árbol del Rockefeller Center, se permitió llorar todo lo que no había llorado en años, y aunque lo hizo con la pena de no tener a sus padres allí físicamente, también lo hizo con el alivio de aceptar que siempre estarían en un hueco de su propio corazón. Kai la abrazó y le recordó los momentos hermosos que habían vivido, de los que él había sido testigo gracias a la magia.

—Esas vivencias nunca se irán. Forman parte de lo que tú eres —le dijo mientras ella lloraba contra su pecho—. Ellos forman parte de ti, así que tienes que sentirte feliz y afortunada por todo lo que viviste junto a ellos, por toda la felicidad que te dieron y que tú les diste. Y en honor de todo ello, debes vivir, debes permitirte ser feliz y amar.

Las lágrimas se secaron solas, y no volvieron a aparecer. Con el corazón ligero, Maddy voló sobre la pista de patinaje, agarrándose a las manos de Kai, que se manejaba como solo un ser originario del Círculo Polar podía manejarse sobre la superficie resbaladiza de la pista. Bailaron juntos sobre el hielo, se besaron y rieron, y las luces de la Navidad lo llenaron todo de pronto en su vida. Sus ojos se contagiaron del resplandor dorado de las calles, y quiso reír y gritar con todo el mundo.

Anocheecía cuando regresaron a casa. Maddy le quitó el gorro de lana y le miró con expresión enamorada.

—Esta noche es Nochebuena... ¿te quedarás conmigo?

—Claro que sí —respondió él sin pensar.

—¿No tienes que trabajar?

—Me iré ahora, solo un momento, y le diré a Santa que renuncio a mi puesto si no puedo estar contigo. Le contaré todo lo que ha pasado, y volveré antes de que te des cuenta, y ya nunca me iré.

Maddy se mordió los labios y asintió. No dudó de sus palabras, pero temió que por alguna razón Kai no pudiera volver.

—Te estaré esperando...—susurró ella, y le besó en los labios antes de que él desapareciera.

Al quedarse sola, no sintió el vacío en su corazón que la había acompañado hasta ahora. Se sintió extrañamente fuerte e ilusionada con la perspectiva de su futuro. Sacó su teléfono móvil del bolso y pensó durante un

instante, pero no tardó en decidirse. Buscó un número de teléfono en su agenda y marcó. Al segundo tono, alguien respondió al otro lado.

—¡Maddy, qué alegría!

—Tía Samantha, no creo que tenga tiempo de llegar para comer, pero... ¿tienes dos sillas de sobra para la cena de mañana?

—¡Claro que sí! Todas las que quieras, cariño —respondió su tía, con la voz temblorosa por la emoción—. Te estaremos esperando. Te llevamos esperando muchos años.

Maddy sonrió, y una lágrima de cálida alegría rodó por su mejilla.

Santa se miraba al espejo e intentaba atarse el cinturón, rezongando por lo bajo. Aunque la imagen del Santa Claus que se había extendido por el mundo era la de un Santa Claus pasado, el tiempo había hecho que él se hubiera ajustado del todo a aquella imagen de señor melenudo y barrigón con las mejillas arreboladas. No tenía claro si venía con el cargo o si vivir rodeado de las mejores fábricas de dulces del mundo acababa trayendo estas cosas.

—Por todos los renos, este traje me ajusta demasiado. Debí habérmelo probado antes —se quejó en alto.

La señora Claus, apoyada en el escritorio, le miraba con una expresión crítica. Llevaba un rato dándole consejos, pero su marido era tan cabezota como ella.

—Te dije que te pusieras a hacer pilates conmigo. Ahora no tendrías ese problema —le recriminó—. Esta noche mismo te pones a dieta.

Santa la miró a través del espejo con una expresión de puro horror.

—¿Esta noche? No puedo ponerme a dieta esta noche. Tengo que comer bien para la que me espera, ¿o te crees que se necesita poca energía para repartir felicidad por todo el mundo en una sola noche? ¿Es que quieres verme muerto?

La señora Claus soltó una risa divertida, mirando a su marido con más ternura que otra cosa. Llevaban siglos juntos, pero estaban bien avenidos, se comprendían, y después de tantos años eran capaces de no convertir en dramas las situaciones cotidianas como aquella.

Kai había aparecido en la puerta del despacho de Santa, y carraspeó para hacerse notar. La señora Claus se volvió hacia él y le saludó con una radiante

sonrisa.

—Hola, Kai, ¿cómo estás? ¿Va todo bien?

—Ah, sí. Hola. Buenas noches —saludó con un gesto dubitativo. De pronto se sentía amedrentado por la presencia de los dos—. Quería hablar con el señor Claus, es urgente, pero no le haré perder mucho tiempo.

—¡No te preocupes! —La señora Claus se acercó a él y le invitó a pasar con un ademán acogedor, lo que le hizo sentir mucho más seguro—. Pasa, y cuéntanos lo que quieras, somos todo oídos.

Ella volvió a apoyarse en el despacho, mientras Santa se volvía para prestarle atención, ajustándose el cinturón a su oronda barriga.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Buenas noches, Santa. Disculpa que te moleste en es...

—¡No me molestas! Aún tenemos tiempo de hablar de... lo que sea que vengas a hablar. —Hizo un gesto con la mano, restándole importancia—. ¿Qué es?

—Ah... Santa, sabes que durante toda mi vida mi máxima aspiración ha sido ser digno de convertirme en tu sucesor, y que siempre me he esforzado por ello y por estar a la altura. Trabajar contigo es el más grande honor que le pueden otorgar a nadie, y estoy muy orgulloso de lo que eso ha significado, y de todo lo que me has dado. He puesto mi ilusión, mis energías, y toda mi vida en ese empeño...

—¿Pero? —inquirió Santa. Kai le miró dubitativo, intentando encontrar el disgusto que imaginaba en sus ojos, pero solo vio impaciencia.

La señora Claus le guiñó un ojo cuando la miró.

—Pero ha pasado algo que ha cambiado por completo mi forma de pensar. Me... he enamorado de la señorita Maddy Hart —lo dijo al fin, sintiéndose aliviado. Ya no importaban las reacciones de su jefe. Ya estaba dicho, y ahora solo le quedaba acarrear con las consecuencias—. No puedo vivir sin ella. Y si estar con ella significa que tengo que renunciar a mi magia, a ser un elfo, y convertirme en humano, entonces lo haré.

—Hum... ¿estás convencido de eso? —Santa le miraba muy fijamente—. ¿Por completo? Mira que si después te arrepientes no podrás dar marcha atrás.

—Sí. Estoy convencido, Santa. Ella me ama. Estamos dispuestos a luchar por ello, todo lo que haga falta.

Santa suspiró.

—Es una verdadera pena. Iba a nombrarte mi sucesor. —Kai no iba a echarse atrás, pero eso no le hizo sentir bien. No le gustaba decepcionar a Santa, era como decepcionar a su propio padre—. ¿Vas a renunciar al sueño de tu vida por una mujer?

—Sí —respondió sin dudar—. Es lo que quiero hacer. El sueño de mi vida es envejecer a su lado... formar una familia con ella. Vivir una vida plena.

Santa le miró entonces muy serio. El silencio se hizo en el despacho durante unos pesados segundos, y desapareció con la sonora y agradable risa de su jefe, que se puso a aplaudir de pronto.

Kai no entendía nada.

—¡Eso es maravilloso! —dijo dando sonoras palmadas—. Es maravilloso, muchacho. Has pasado la prueba.

—¿Qué...? ¿Cómo que he...? —Kai estaba cada vez más confuso. Miró a la señora Claus, y esta sonreía orgullosa y tranquila.

—La prueba real consistía en asegurarnos de que eras capaz de renunciar a todo por el amor verdadero —le explicó él, acercándose para darle una palmada cariñosa en el hombro—. Nadie puede convertirse en mi sucesor si no tiene una señora Claus a su lado. O un señor Claus, si se hubiera dado el caso —dijo encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, no podrías ser Santa Claus si tu corazón no conociera el amor verdadero, el incondicional... y todo lo que ello conlleva. Con tu decisión de dejar atrás tu sueño por tal de estar a su lado, convirtiendo tu aspiración en algo más elevado, has demostrado que serás un magnífico Santa. Te felicito.

Kai no podía creerlo. Parpadeó, mirando a uno y a otro sin dar crédito a lo que oía.

A un chasquido de los dedos de Santa todo se volvió aún más irreal y perfecto. Maddy apareció allí, con una cuchara llena de chocolate en la mano: la habían pillado cocinando, y les miraba a todos con la sorpresa pintada en la cara.

—¿Santa... Claus? —acertó a decir ella.

—El mismo —respondió él.

—Y señora —dijo la señora Claus.

Por un momento, Kai pensó que Maddy iba a desmayarse allí mismo.

—Tu querido Kai ha renunciado a ser Santa Claus por ti.

—Yo... lo... ¿siento? —balbuceó Maddy.

—¡No lo sientas! Para ser Santa Claus, debía conocer el amor, y tú lo has hecho posible. Esa era la prueba, y la ha superado. No tiene que renunciar a nada. Podrá vivir aquí en el Polo Norte, contigo, no tendrá que renunciar a su naturaleza ni a su magia. A no ser...

Todos le miraron nerviosos. Incluso la señora Claus frunció el ceño con preocupación. Maddy se acercó a Kai, y este la abrazó por la cintura.

—A no ser que tú no quieras ser la señora Claus y prefiráis quedaros en Nueva York —terminó al fin la frase.

Maddy parpadeó, y de pronto se agobió mucho. Aquello estaba ocurriendo demasiado deprisa, pero entonces se dio cuenta de que solo quería tener clara una cosa:

—¿Podré ver a mi familia?

—Siempre que quieras —respondió Santa—. Podrás viajar con un chasquido de tus dedos, se te concederá la magia para hacerlo. Esa y muchas otras cosas.

—¿Y podremos cenar mañana con ellos?

—Claro que sí —dijo Santa encogiéndose de hombros.

—¿Y podré mantener mi trabajo y mi vida humana?

—Tenemos un excelente plan de conciliación para estos casos. Con la magia todo es posible.

—Entonces, sí. Quiero ser la señora Claus.

—Maddy... ¿estás segura? Si no quieres eso... Yo iré contigo, viviremos como humanos, seremos felices de cualquier...

Maddy le puso los dedos sobre los labios y lo hizo callar.

—¡¿Estás loco?! ¡Adoro la Navidad! Esto será como un sueño convertido en realidad, sobre todo, porque tú serás el señor Claus. Te quiero, Kai...

—Y yo a ti, Maddy Hart. Mi futura señora Claus.

Las risas de los aún señor y señora Claus les envolvieron, cálidas y agradables, mientras sus labios se unían en un beso lleno de ilusión.

A partir de aquella Navidad, Maddy no volvió a sentirse sola jamás. Las estancias vacías de su corazón se llenaron de recuerdos, pero otras nacieron y

se volvieron más amplias, iluminándose con las luces de la felicidad que compartía con su amor verdadero.

Y así, a su lado, pudo llevar parte de esa luz al resto del mundo y a otras almas solitarias que, como ella, habían estado perdidas en la oscuridad por mucho tiempo.

FIN

Dirtybooks. Dicembre 2019

